PAULA MONTI.

PAULA MONTI.

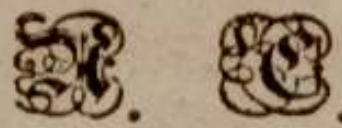
NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

EUGENIO SUE

Traducida al castellano

POR



TOMO II

SEVILLA.—1852
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

XV.

Palco número 29.

En efecto, la señora marquesa de Luceval no tenia su sobieska.

Estaba vestida con tantogusto como sencillez: la sola invencion que se la notaba consistia en una alta peineta de concha á la española que unia á sus hermosos cabellos negros un medio velo de blonda negra: (la marquesa estaba de luto.)

Este peinado que llevan todas las mugeres andaluzas era encantador y daba un nuevo atractivo á la fisonomía picarezca de la señora de Luceval. Se hallaba acompañada de su hermano Mr. de Beaulieu y su esposa.

—Alfredo... mirad, he ganado mi apuesta, esclamó alegremente la marquesa di-

rigiéndose á su hermano. La señora Girard lleva su sobieska... Cara Alix, prestadme vuestro anteojo, añadió hablando á su cuñada.

—¿Qué apuesta habeis hecho con Alfredo? preguntó la señora de Beaulieu. ¿Quién es esa señora Girard?

—Por Dios, Alix, no os riais tanto y mirad en frente de nosotros.... en aquel palco.... una muger que lleva un vestido de color nacarado abrochado hasta la garganta.

Ea señora de Beaulieu era naturalmente muy propensa á la risa. La figura contrastada y colèrica de la señora Girard que fruncia las cejas bajo su polaca con plumas, le daba una fisonomía tan ridícula, que la cuñada de la señora de Luceval se contuvo con trabajo.

—Esa Girard debe sin duda, en saliendo de aquí, representar á la Polonia en algun baile patriótico, fantástico y alegórico, dijo la señora de Beaulieu.

—Pero cara Emilia, añadió conteniendo apenas su tentacion de risa, ¿qué relacion hay entre vuestra apuesta y aquel tocado?

»

—Es muy sencillo, respondió la señora de Luceval. No podia llevar nada sin verme al instante imitada ó mas bien parodiada por esa señora Girard. Me impacientaba esto en términos que aposté con Alfredo á que imaginaría el tocado mas ridículo del mundo, que Mlle. Barenne se lo enseñaria en secreto a la señora Girard, como si me estuviese destinado, y que la señora Girard le suplicaria que lo hiciera en un todo igual... Inventé el sobieska. Madlle. Barenne ha puesto manos á la obra, y ya veis á la señora Girard adornada del sobieska. He ganado mi apuesta, y mi querido hermano me debe un adorno de flores naturales.

—El chasco es perfecto, y como la funcion no empieza aun, dijo Mr. de Beaulieu, voy á esparcir esta noticia, á fin de aumentar el efecto del sobieska de la señora Girard.

—¿Mas sabeis, replicó la señora de Luceval, que hay una encantadora beldad en el palco de esa ridícula Girard? Alfredo, procura saber quién es.

—En efecto, dijo la señora de Beau-

lieu mirando á Berta con atencion, es imposible ser mas bonita... y puesta con tanta sencillez... ¡Qué contraste con el sobieska!... No puedo concebir que no se ame la sencillez, y por consiguiente el buen gusto.... Es esto tan cómodo, y es necesario tomarse tanto trahajo para hacerse ridícula...

—¿Decis acaso eso á propósito de Mr. de Gercourt y de su comedia, mi cara Alix?

—¡Maliciosa!... uno de nuestros amigos, de nuestros antiguos adoradores.

—Le bubiera sido tan fácil el no hacer esta comedia.

—Pero al menos esperad para juzgarla...

—De ningun modo; obedeceré entonces á estraña influencia...; mi juicio es ahora mucho mas independiente...

—¡Cuán loca sois!... y vos misma habeis animado á Mr. de Gercourt en esta tentativa...

—¡Es tan dulce tener que consolar á sus amigos en su infortunio!

—Os pareceis un poco á esas gentes,

que con peligro de ahogaros os tiran al agua por tener el placer de salvaros.

—Vuestra comparacion no es justa, cara Alix, pues yo no podré salvar la comedia de ese pobre Mr. de Gercourt.

—Emilia, Emilia, cuidado, dijo sonriéndose la señora de Beanlieu. Mr. de Gercourt ha sido largo tiempo vuestro admirador... y hariais creer que hablais por despecho.

—Sin duda, le guardo rencor por haber renunciado tan pronto á la esperanza de agradarme. Sus cuidados me divertian. Ved si soy franca.

— Oh! Infernal coqueta! ni aun puede perdonar que se renuncie á ella... Es preciso que la víctima sufra á sus pies.

—Ay! Mr. de Gercourt vá á vengarse cruelmente esta noche.... He pedido mi carruage para las once.

Esta caritativa conversacion fué interrumpida por Mr. de Beaulien y por Mr. de Fierval.

—Mi cara Emilia, dijo Mr. de Beaulieu á su hermana. Aqui os traigo una informacion en vida sobre esa encantadora veci-

na del sobieska.

—¿Conoceis á esa hermosa jóven, señor de Fierval? preguntó la señorita de Luceval.

—No la conozco, señora, pero conozco á su marido... Es Mr. Brevannes.

—¿Brevannes? ¿No es el hijo de un antiguo agente de negocios?

—Asi viene á ser ó cosa por el estilo. El padre era sobre poco mas ó menos, como un proveedor, agiotista.

—¿Y su muger?

—Una pobre jóven, sin fortuna. Daba lecciones de piano para vivir.

—Es imposible tener un aire mas distinguido, replicó la señora de Luceval.

—¡Qué gusto en su trage!... ¿Conque es un matrimonio de amor?

—Ciertamente; pero segun dicen, Brevannes le es muy infiel.

—¡Cómo! ¿Aquel hombre gordo con anteojos?

—No, querida; aquel debe ser por lo menos el sobieski de la sobieska dijo Mr. de Beaulieu á su hermana.

—Mr. de Brevannes, añadió Fierval, es

aquel hombre muy moreno, de semblante espresivo.

—¡Dios mio! ¡Qué mala fisonomia!... Tiene un aire cruel.

—No; os aseguro que Mr. de Brevannes es lo que se llama un buen muchacbo, únicamente tiene un carácter de hierro... y lo que quiere... lo puede.

Al ruido de algunas sillas que se movieron en el palco vecino, la señora de Luceval avanzó un poco la cabeza, y reconoció á la señora de Lormoy tia de Mr. de Morville.

—¡Ah señora! ¡Que feliz vecindad! le dijo la señora de Luceval. ¿Estais sola en vuestro palco? Iré á haceros una visita...

—Espero á la señora de Hansfeld, y por estraordinario á su marido que la acompaña, dijo la señora de Lormoy.

—¿De veras? Desde aquí no podré ver á ese misterioso personaje. . Procurad detenerlo hasta la salida...

—Si os hubiera visto, mi querida Emilia, no tendria necesidad de pedírselo; pero por desgracia...

La señora de Lormoy oyendo ruido

interrumpió; volvió la cabeza, y dijo á la señora de Luceval:

—¡Aquí están!

En efecto, el príncipe y la princesa de Hansfeld entraban en el palco.

XVI.

Los sillones de amigos.

—Qué de gente!... qué de gente!... decia un jóven de los que ocupaban los sillones.

—Si yo estuviese en lugar de Gercourt sentiria en este momento una furiosa emocion; ¿y vos? decia otro.

—Y yo tambien...

—¿Pero qué capricho le ha dado?

—No puede hacer nada como los demás.

—Ah! Bah! ¿Es que su comedia es verdaderamente estraordinaria?

—No, no; quiero decir que las gentes del mundo no hacen comedias; ¿por qué no los imita y se deja de tonterias?

—Creí que habiais visto un ensayo general.

—Sí.

—¿Y bien?

—Llegué al fin del tercer acto, me hallé al lado de la señorita *** que nunca habia visto fuera de las tablas. Estuve todo el tiempo hablando con ella, y no ví nada absolutamente de la comedia de Gercourt. Es muy bonita esa señorita***

—En ese caso; ¿nada sabeis de la pieza?

—Saint-Clair que ha visto dos ensayos; ha dicho que no vale cosa. Por mi parte quisiera que tuviera aceptacion, bien seguro; pero en cuanto á aplaudir como un... Ya se vé...

—Dios nos preserve de semejante cosa...

—No hay cosa de peor gusto que el aplaudir.

—Todo el club estará aquí.

—Vendrán peneques. . Será muy bueno.

—Ah! hé ahí el embajador turco...

—Vamos, bueno! Ved la marquesita de Luceval que se disloca el pescuezo por ver al embajador turco, y ser vista de él.

—Pardiez! Ella que no gusta sino de lo escéntrico, debe tener furiosa gana de coquetear con ese turco...

—Detesto á esa muger... es tan burlona...

—Y tan mala lengua.

—¿La encontrais verdaderamente bonita?

—Hem... hem! mucha gracia en la fisonomia, y nada mas.

—Qué diferencia con la señora de Longpré, que entra en este momento en su palco! Esa sí que es verdaderamente encantadora.

—Está con esa pequeña é imbécil de la señora de D'Orville.

—Preciso es que esa necia se agarre siempre á una muger á la moda...

—Ah! A propósito de la señorita de Longpré, ¿en dónde está Maubry?

—Vedlo ahí que entra en el palco de esas señoras. ¿Acaso la señora de Longpré

puede vivir sin él?

—Desgraciado Longpré!...

—Ah! Ved la señorita Dumoulin con su baron... Qué bonita es!... Confesad que hay bien pocas mugeres del mundo que la igualen.

—Es verdad.

—Decididamente la princesa de Hansfeld es una beldad... aquel vestido de terciopelo granada le sienta á las mil maravillas... qué admirable garganta... Jamás la he visto mejor que hoy... ¿Quién está ahí con ella?

—La señora de Lormoy, la tia de Morville.

—Pero se diria que hay alguien en el fondo del palco...

—No.

—Os aseguro que sí...

—Esos palcos son tan oscuros...

—Acaso será el príncipe...

—Es que le sueltan ahora?

—Asi parece; pero no puede versele la cabeza. La tia de Morville nos la oculta.

—A propósito de Morville; cómo no está aquí?... él... íntimo amigo de Gercourt?

—Al momento va á venir. Le he encontrado... Su madre va mejor.

—Y él, cómo va?

—Cómo él?

—Se ha curado ya de su inglesa?

—No... Ved ahí una fidelidad incurable.

—La señora de Luceval bien hubiera querido hacerse adorar de él, por espíritu de contradicion; pero no ha habido medio. Morville ha resistido.

—Cuánto ha debido sentirlo! Es tan coqueta y le gusta tanto atormentar á las otras mugeres...

—Ah! Yo quisiera que cayera en manos de alguno que la tratara á la vaqueta.

—A ese pobre Saint Renaut lo ha vuelto medio loco.

—Pues qué, ¿sus relaciones duran aun?

—Asi se dice; y que se embrutece mas y mas.

—Silencio... Aqui viene... Adios, Saint Renaut.

—Adios, muy caros. ¿Habeis visto á la muger de la polaca, de la sobieska?

—No; ¿qué es eso?

—Mirad... allí... en los primeros palcos, al lado de una muger rubia muy bonita.

—Aquello...! Es un hombre.

—Es un escudero del circo.

—Es una coronela de hùsares.

—Decid mejor de lanceras polacas.

—Por mi parte pregunto el nombre de la bonita rubia... Es encantadora.

—Es la señora de Brevannes.

—¿La muger de aquel alto moreno que está detrás?

—Si...

—¡Ah! aquí está Morville.

—Decid, Morville. El famoso principe de Hansfeld está aquí, pero poco adelantamos con eso. Se ha retrincherado en su palco, con vuestra tia y la princesa de Hansfeld, de modo que no se le puede ver.

—¿La señora de Hansfeld está aquí?

—Si, allí... Mirad, Morville.

—En efecto.

—Id., pues, á saludar á vuestra tia, y nos direis cómo es de cerca la figura del príncipe. Desde aquí no se ve nada... Vamos id, haced eso por nosotros.

—Imposible, no me atreveria á acercarme á mi tia: acabo de fumar nn cigarro, y es lo suficiente para hacerla desmayar. Voy por el contrario á tratar de que no me vea, puesto que no puedo ir á su palco. Apropósito; espero que vamos á sostener á Gercourt: estoy conmovido por él.

—¿Pensais aplaudir mucho vos, Morville?

—Sin duda. En primer lugar que la pieza lo merece, y luego es preciso animar á Gercourt. Si sale bien, ya no nos llamarán gentes ociosas, inútiles, y saldrá bien, ¡tiene tanto talento!

—Sí; pero si cae, nosotros seremos, por decirlo así, responsables de su caida.

—Ni mas ni menos que sereis responsables de su suceso.

—¡Ah! El telon.

—¡El momento solemne!...

—Silencio; señores, escuchemos.

—No tengais cuidado, Morville.

—Todos somos oidos.

—¡Ah! ¡Esto pasa en el siglo XV?

—Por mi parte, detesto las piezas del tiempo de la Regencia.

—Qué horroroso trage lleva aquel viejo.

—Sí; pero en compensacion la señorita *** está admirablemeate puesta.

—Se ha puesto demasiado bermellon...

—Llevaban mucho en aquel tiempo.

—Ciertamente, y muy cerca de los ojos...

—¡Qué bien le sientan los polvos en el pelo!

—¿No sabeis su aventura con Octavo? Es muy picante... Figuraos...

—Señores, por ese pobre Gercourt, escuchemos un poco la funcion...

—¡Es muy bonita!... ¡Muy bonita!...

—Las decoraciones son muy hermosas,

—El hecho es que para ser una primera pieza...

—Para uno que no lo hace por oficio...

—¡Oh! ¿Un monólogo? Jamas escucho los monólogos... Es fastidiosísimo...

—Ni yo tampoco.

—¡Y bien!... volviendo á Octavo, imaginaos que vé muchas veces á la señorita *** en su último papel... ya sabeis la pieza

de Scribe... Pues señor, se enamora perdidamente de ella... cuando digo se enamora...:

—Pardiez...

—Conocia él en la casa de...

—Querido Augusto, por favor, escuchad un poco, Gercourt es uno de nuestros amigos.

—Justameute hablamos de una actriz de su pieza.

—Y luego los monólogos se hacen siempre... para ocupar lugar.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Diablo! esto me parece un poco aventurado. Eso no se dice entre personas decentes...

—Si; mas en tiempo de la regencia...

—¡Ah! Ved allí la señora d'Hauterive, con su hermana en el palco del ministro... Cuando se puede ir á alguna parte gratis, bien seguro se puede estar de encontrarla.

—¡Si! ¿no es una vergüenza con 200,000 francos de renta?

—¡Ay gentes de una avaricia!...

—Vamos, escuchemos; otro dia os contaré la aventura de Octavo. Ese pobre

Morville se desespera.

—Si, escuchemos...

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... encantador es ese chiste!...

—Qué lástima que la señorita*** tenga el cuello tan largo...

—Y el galan, cómo habla con las narices!

—¡Ah! Ved los dos palcos del Club que se llenan

—Vienen de comer, están en las viñas del señor.

—Van á hacer que los echen á la calle.

—Mirad, D Orville está escarlata....

—Bueno!... Ahora va á bablar á los actores.

—Bien lo reconozco en eso. Estais chistoso. Apuesto á que les vá á decir cosas muy buenas.

—Le hacen estar inquieto.

—¡Qué lástima!... Un dia fuimos juntos al Gaité, habia un cordero en la comedia, estábamos muy cerca de las tablas: D'Orville cogió el cordero por las patas de atrás.

—¡Ah! Ah! Debió ser eso muy bueno.

—Os lo aseguro. Pero vamos escuche-

mos... Hum! Decid, ¿no os parece muy embrollada esa intriga?

—Lo cierto es que no entiendo una palabra.

—¿De quién es padre aquel?...

—¿El de la casaca colorada?...

—No, el otro, el de la izquierda del teatro, el flaco, el del monólogo.

—No lo sé.

—¿Hallais esto muy divertido?

—Glacial.

—¿Qué diablo de idea le ha dado á Gercourt de hacer una comedia?

—Sin embargo, esa frase es buena.

—Si, ¡pero qué tontas frases!

—No importa: ves cómo aplauden... Vamos, esto sale bien... Pero no vale cosa.

—Ha concluido el primer acto. Veremos el segundo.

—Y bien, señores, ¿què os habia dicho yo?

—Entre nosotros, querido Morville, es lástima que esto empiece tan bien.

—¿Y por qué?

—Porque lo demas no podrá ciertamen-

»

te sostenerlo á esta elevacion.

—Allá lo veremos: yo que la conozco, no dudo ya un momento del suceso.

—¡Oh! en cuanto á vos, Morville, sois siempre optimista. El hecho es que la esposicion es muy embrollada.

—¡No escuchais!

—¡Oh! ¡Pardiez! Si es preciso hacer esfuerzos de atencion para comprender, es entonces un verdadero trabajo.

—Y no se viene al teatro para cansarse en buscar esplicaciones...

—Si está embrollado, es cosa del actor... Yo no puedo privarme de hablar con mi vecino por darle gusto.

—Es muy justo; el triunfo del arte es el hacerse comprender sin ser escuchado...

—Diablo de Morville ¡qué fanático está por Gercourt!

XVII.

Entreacto. Palco núm. 7.

Este palco, como ya hemos dicho, se hallaba ocupado por Mr. de Brevannes y su muger.

En la princesa de Hansfeld acababa él de reconocer á Paula Monti.

Felizmente la atencion de Berta estaba ocupada: de lo contrario, no se le hubiera ocultado la profunda alteracion de sus facciones. A pesar del enérgico temple de carácter, Mr. de Brevannes se sintió desfallecer. Tuvo precision de apoyarse en las paredes del palco para sostenerse. Sintió despertarse con nueva violencia la loca pasion que en otro tiempo le habia inspirado Paula.

Volvia á ver á aquella muger mas her-

sa que nunca, admirada de todos los hombres, envidiada de todas las mugeres, en la posicion social mas eminente; y aquella muger podia pedirle una cuenta terrible de la sangre que vertiera, del medio infame que empleara para dar una apariencia á sus cobardes calumnias.

Temeroso de las persecuciones de que podria ser objeto despues de su duelo con Rafael (duelo en que este último sucumbió) Mr. de Brevannes salió precipitadamente de Florencia. Desde entonces procuró olvidar por medio de culpables amores su indigna conducta y la indomable pasion que á pesar suyo existiera siempre en el fondo de su corazon.

Su aspereza, su sequedad, su dureza con Berta, no tenian otra causa que el resentimiento de aquel pasado que no podia desterrar de su memoria.

¡Qué seria, pues, de él cuando se encontró cara á cara con la princesa de Hansfeld y se vió reconocido por ella! Pues las miradas de la princesa, atraidas en un principio por el sobleska de la señora Girard, se detuvieron en Mr. de Brevan-

nes en el mismo momento en que este, reconociendo en ella á Paula Monti, la contemplaba con estupor...

La vió estremecerse, llevar vivamente la mano á los ojos, y luego recobrar su impasibilidad. . . . . .

. . . . . .

Berta estaba muy interesada. Yendo poco al teatro, esperimentaba siempre emociones frescas y jóvenes. Entregada toda entera á la accion de la comedia, muy indiferente á lo que pasaba en la sala, el principio del segundo acto la absorvió completamente.

El segundo acto obtuvo un suceso acaso mas completo aun que el primero. Los amigos de Mr. de Gercourt empezaron á impacientarse de este feliz éxito, y uno de los mas adictos dijo:

—Ahora estoy tranquilo; si la comedia cae á pesar del talento que hay en estos dos actos, El pobre Gercourt será bien inocente de esta caida. Lo repito, sin saber lo que sucederá... tanto mejor ó tanto peor para èl: Gercourt no es el autor de esta pieza: este no es su talento.

Durante este entreacto, conduciremos al lector al palco de la señora de Hansfeld.

La señora de Lormoy que la acompañaba, muger de unos 50 años, era una señora en toda la estension de la palabra.

Digamos ahora algunas palabras del príncipe de Hansfeld, que el lector ha visto ya en la galería del palacio Lambert.

Mr. de Hansfeld, tan enterrado en su palco que fuera imposible verle desde la sala, era de mediana estatura, frágil, delgado y de edad de 22 á 23 años: tenia unas facciones de una delicadeza estremada: sus cabellos eran blondos; un bigote y una barba poco poblados, pero finos y sedosos de un rubio claro, se hallaban perfectamente en armonia con la palidez transparente de su semblante. Sus ojos, muy grandes, muy dulces, eran de un azul tan luminoso que á pesar del claro oscuro del palco, se distinguia la transparencia de la mirada de Arnold. La luz no parecia reflejarse en ella, sino atravesarla, y le daba la claridad azulada del zafiro.

Su sonrisa, llena de mansedumbre, de malicia y de gracia: solo faltaba á aquella

cara encantadora el ardiente colorido de la vida. Asi como las flores que vejetando en la sombra y lejos de los vivificantes rayos del sol, pierden la vivacidad de sus colores y se matizan de tintes pálidos de estrema delicadeza, asi las facciones de Arnold tenian algo de marchito y lánguido.

Hacia ya algunos momentos que estaba profundamente preocupado.

Cuando la señora de Lormoy hizo reparar á la princesa en el ridículo tocado de la señora Girard, dirigiendo Mr. de Hansfel maquinalmente sus miradas de aquel lado, se habia quedado contemplando á Berta:

La señora de Brevannes no era de una hermosura deslumbradora, pero su dulce y bonito rostro tenia una espresion tan de tierna melancolia, que Arnold se sintió conmovido. En el mismo momento del entreacto, volvieudo involuntariamente á pensar sobre su posicion y la de su padre, demasiado orgulloso para aceptar en adelante ningun socorro de Mr. de Brevannes y demasiado pobre para vivir sin ellos, Berta, decimos, no hallándose distraida por el

interés de la funcion, se abandonaba á la tristeza de sus ideas. El talle un poco encorbado, la cabeza inclinada sobre su pecho, deshojando maquinalmente un ramillete de camelias que tenia en la mano, parecia sucumbir bajo el peso de algun pesar.

Mr. de Hansfeld se sintió atraido hácia aquella muger por la misteriosa y omnipotente simpatia del dolor. Le era casi evidente que permaneciera como él estraña al ruido, al movimiento gozoso de aquella brillante reunion. Queriendo asegurarse si la perfeccion de sus facciones correspondian á su gracioso conjunto, tomó su anteojo.

En este instante la señora de Lormoy volviéndose á él:

—Y bien, príncipe, ¿cómo os hallais?

—Mil gracias, señora, respondió el príncipe en francés y sin el menor acento, pero con una voz dulce y débil, me hallo muy bien.

—¿La luz os causa acaso, amigo mio? preguntó la princesa á su marido.

—Un poco... Pero preciso es que me acostumbre... Voy á hacerme tan mundano.. añadió sonriendo.

—A las mil maravillas, príncipe, respondió la señora de Lormoy, no hay cosa como el ejercicio para las afecciones nerviosas .. No os recomiendo las mas amables distracciones: la señora de Hansfeld está á vuestro lado.

—Ella es quien tendria necesidad de distraerse, dijo el príncipe con bondad, pero me cuesta en estremo trabajo el obtener que frecuente mas á sus amigos.

—¡Dios mio! príncipe, tengo un sobrino, Mr de Morville, á quien persigo con los mismo reproches... Mi pobre hermana, su madre, ha estado mucho tiempo enferma, y la ha cuidado tan afectuosamente, que ha perdido enteramente la costumbre del mundo. Gracias á Dios, se halla mejor ahora, pero mi sobrino no por eso ha dejado de ser adusto; se hace cada dia mas singular y caprichoso, y me he visto en la precision de justificarle con vos, cara princesa, pues despues de haber solicitado con instancia el seros presentado, su misantropia ha vuelto á

tomar su imperio, y protestando de su antipatía por el mundo, ha renunciado á un favor en un principio tan ardientemente deseado.

—La señora de Hansfeld permaneció impasible dejando hablar en estos términos de Mr. de Morville, á quien habia ya visto hacia mucho tiempo junto á la orquesta, y respondió sonriendo:

—He oido atribuir la misantropía de Mr. de Morville á una causa muy romantica: se hablaba de un recuerdo amoroso muy profundo... de una fidelidad que no es ya de nuestros tiempos.

—Y decian la verdad... Las tias deben siempre parecer ignorar estas debilidades amorosas, de lo contrario ensalzaria la heróica constancia de mi sobrino... ¡Ah! pero él es, allí está junto la orquesta, dijo vivamente la señora de Lormoy divisando á Mr. de Morville.

—Señor de Fierval, puesto que Leon no quiere verme, tened la bondad de ir á decirle que estoy aquí. Por esta vez no se nos escapará.

Mr. de Fierval, que habia venido á hacer

una visita á la señora de Lormoy y á la princesa, salió al momento para ejecutar las órdenes de la tia de Mr. de Morville.

—Pero verdaderamente, señora, dijo riéndose la princesa, cuando Mr. de Fierval hubo salido, sentiria en el alma el hacer caer á Mr. de Morville en una verdadera red, y sorprender así una presentacion que acaso desea evitar.

Querida princesa, si él tiene sus ridiculeces yo tengo las mias, y entre otras la de estar orgullosa de mi sobrino, y su mas brillante triunfo será el merecer vuestra benevolencio.

—No tengo derecho de rehusarla á cualquiera que os pertenezca tan de cerca como Mr. de Morville. Lo único que siento es que esta benevolencia no tenga el precio que quereis darle.

—Permitid que os diga que en cuanto á eso os equivocais completamente.

—Mas decididamente es preciso que os denuncie al señor de Hansfeld, añadió la señora de Lormoy; me parece demasiado ocupado del sobieska de la señora Girard:

no cesa de mirarla, á menos que no sea á esa hermosa señora de Brevannes que Mr. de Fierval nos ha nombrado hace un momento.

—Y que es verdaderamente encantadora, dijo la princesa, echando intrépidamente su anteojo al palco de Mr. de Brevannes.

Mr. de Hansfeld no oyó ó hizo como si no oyera á su muger, y continuó mirando á Berta.

—¿Sabeis, princesa, añadió la señora de Lormoy, que admiro mucho á ese Mr. de Brevannes? Por lo que nos ha dicho Mr. de Fierval, se ha mostrado lleno de generosidad y de delicadeza en este casamiento... Casarse por amor con una pobre jòven... se vé esto tan raras veces en nuestros dias!... Despues de esta conducta, me parece que se puede presuponer el valor de un hombre. ¿No lo pensais así, princesa? Con la elevacion de ideas que os reconozco, debeis hacer gran caso de Mr. de Brevannes ó mas bien de su bella accion, de su noble desinterés, puesto que no tiene la dicha de conoceros...

—La señora de Brevannes es tan bonita, dijo la princesa sin que su semblante tradujese la menor emocion, parece tan distinguida, que el sacrificio de Mr. de Brevannes me parece sencillamente una felicidad.

—Sobre ese particular, teneis perfectamente razon. Pero al ver la figura característica de Mr. de Brevannes, no le hubiera creido nunca capaz de un acto semejante de tierna pasion. ¿Y vos, princesa?

—Las fisonomias engañan muchas veces! respondió Paula, cuya calma no se desmentia.

—En este momento Mr. de Fierval entró en el palco.

—Cómo solo? dijo la señora de Lormoy, ¿y Leon?

—Me encarga, señora, que os desmuestre su sentimiento. Mas despues de haber comido en el club ha fumado un cigarro... y...

—Ya comprendo. Sabe el horror que me causa el olor del tabaco. Puede al menos aprovecharle la leccion pensando en lo que le hace perder su costumbre de cuerpo de

guardia! Aun una vez, princesa, perdon por él.

—Todos perdemos en ello, señora, replicó Paula.

Como se ve, la escusa que daba Mr. de Morville para no ir á ver á su tia, era una consecuencia de su resolucion de evitar en adelante el encuentro de la princesa.

—Qué se dice de la pieza? preguntó la señora de Lormoy á Mr. de Fierval.

—Nadie esperaba semejante éxito, y los amigos de Gercourt... estan... consternados...

—Es una indignidad! Por otra parte, tanto mejor; bueno es que los envidiosos sufran la pena debida á su odioso sentimiento. Quisiera que el triunfo de monsieur de Gercourt le fuera aun mas desagradable.

—¿Mr. de Gercourt es uno de vuestros amigos, señora? preguntó la princesa.

—¡Si lo es! Seguramente, y de los mejores. Cuando volvió de sus viajes antes de la revolucion de julio de 1830, entró en el mundo bajo mi proteccion y la de la duquesa de Bellecourt; y os aseguro que es-

t bamos orgullosas de nuestro protegido Gercourt. Era encantador, y aunque muy jóven, se hizo al momento muy de moda. Con una fortuna considerable, un hermoso nombre, una bonita figura y los mejores modales, no necesitaba mas que querer para agradar...; y porque despues de haber gozado como un jóven de los placeres de su edad, busca ahora otros goces mas elevados, ocupaciones mas serias, suscita contra él un... ódio universal. En verdad que eso me dá vergüenza y lástima... ¡Dios mio! ¿Por qué pues los necios no son tan indulgentes para el mérito de los demás, como para su propia nulidad?. . No se les pide otra cosa.

—¡Bueno es ser de vuestros amigos, señora, dijo Paula, sonriéndose de la exaltacion con que la señora de Lormoy pronunciara estas palabras.

—Cierto, dijo Mr. de Fierval, y siento ser de la opinion de la señora de Lormoy, por no tener el placer de ser convertido por ella.

—¡Oh! no pretendo yo convertir, sino decir sin rodeos mi modo de pensar á los

maldicientes y celosos... Es el privilegio de las viejas; uso de él y tengo razon; no es verdad, principe? ¿Pero què teneis? ¡Dios mio, que pálido estais!

En efecto, Mr. de Hansfeld habia apoyado su cabeza en una de las paredes del palco, y parecia pronto á desmayarse.

—¡Princesa, vuestro frasco!... esclamó la señora de Lormoy.

La señora de Hansfeld se levantó á medias.

Su marido la rechazó con terror, diciendo con voz temblorosa.

—No, no... no quiero ese frasco...

Y el príncipe perdió el conocimiento.

A pesar de su habitual impasibilidad, la señora de Hansfeld no pudo menos de estremecerse y de fruncir sus negras cejas, al movimiento de terror del príncipe, cuando le ofreció su pomo; pero ni la señora de Lormoy ni Mr. de Fierval, ocupados en socorrer al príncipe, repararon en la emocion de la princesa.

El accidente acaecido al príncipe tuvo lugar durante un entreacto; muchas personas vieron transportar al príncipe á su car-

ruage. Entre estos curiosos se hallaba Mr. Girard, qne su muger enviara á saber cómo su sobieska habia sido acogida del público.

Mr. Girard no se atrevió á hacer ninguna pregunta sobre este particular, prometiéndose bien decir á su muger que su audaz polaca escitara la admiracion general. Se apresuró, pues, á volver para contar á su muger el desmayo del príncipe. En cuanto hubo entreabierto la puerta y dicho á la señora Girard, «buena amiga...» esta, sin darle tiempo de continuar, esclamó;

—Corred, corred á informaros de lo que acaba de suceder al príncipe de Hansfeld. Le han transportado á la galería... allí... delante de nosotros.

—Pero... buena amiga ..

—Id corriendo, id.

—Pero, buena amiga, vengo...

—Pero, id pues, Timoleon.

—Por favor, escuchad, yo...

—¡Dios mio qué pesado sois! corred, vivo.

—Vengo justamente para...

«

—No se trata de eso, sino del príncipe... Aun tal vez: corred cuanto podais.

—Pero buena amiga, si vengo precisamente á contaros lo que deseais saber, esclamó Mr. Girard con estrema volubilidad.

—Entonces es otra cosa; entrad y cerrad la puerta del palco... ¿Por qué no dijisteis eso desde un principio?

—Buena amiga, no me habeis dado tiempo, y yo....

—Al grano, al grano.

—¿Es que el príncipe ha perdido completamente el conocimiento? Preguntó Berta con interés.

—¿Y la princesa se ha ido sin duda con él? Dijo Mr. de Brevannes.

—¿Es allí donde le han prodigado los primeros cuidados? replicó la señora Girard, Timoleon... Pero responded; estais ahí como un poste sin decir una palabra.

—No puedo responder á tantas preguntas á la vez... Segun lo que he podido recoger entre esa multitud, los unos dicen que el príncipe salia de una larga enfermedad, que el calor de la sala le ha incomo-

dado gravemente; los otros dicen que ha sido un acceso de locura que le ha atacado cuando se le creia enteramente curado, segun aquellos, en fin, ha sido una violenta é inesperada emocion lo que ha causado su desmayo.

—Pobre príncipe! tan jóven y sufrir tanto! dijo ingénuamente Berta á Mr. de Brevannes; hasta sus dolores son un misterio.

—¡Ah! Mi querida señora de Brevannes, ¡qué interesante es eso! ¿No es verdad? Esclamó la señora Girard con exaltacion. ¡Qué lástima que no hayamos podido verle! Pues estaba tan escondido en el fondo de su palco que no podiamos distinguir sus facciones.

—Confieso, dijo Berta, que hubiera deseado ver su figura.

Mr. de Brevannes frunció las cejas, examinando con intencion la fisonomia de Berta, cuando esta manifestó su interés por Mr. de Hansfeld... Esperó con cierta inquietud la respuesta de la señora Girad, que añadió sentimentalmente:

—Admitiendo que el príncipe fué jóven

y hermoso, tan interesante como lo hace su posicion, no se podia escoger mejor su ideal si fuese una soltera y dueña de su corazon. ¿No es asi, señora de Brevannes?

—Sin embargo, buena amiga, me parece que no he contrariado yo vuestra inclinacion, y que...

—Espero, Timoleon, que no habeis tenido nunca la pretension de ser un ser ideal, fantástico...

—No tengo la pretension de ser fantástico... buena amiga... pero...

—¡Silencio! que se levanta el telon...

Mr. Girad se calló.

Berta y la señora Girard prestaron mucha atencion al último acto de la comedia. Mr. de Brevannes, cuya frente se nublaba mas y mas, echó varias veces sobre Berta singulares miradas. Sus absurdos celos se alarmaban del interés que Berta acababa de manifestar, oyendo hablar de los sufrimientos del príncipe, cuyas facciones no vió siquiera.

XVIII.

La salida.

—¡Y bien!

—Es un triunfo.

—Un gran triunfo.

—Ese diablo de Gercourt, ¡qué suerte tiene!

—Magnífico preludio.

—¡Bah! ¡No e él quien ha hecho esa comedia!

—Es una idea que me ha venido á proporcion que el argumento se iba desenvolviendo.

—Si la cosa no hubiese salido mas que medianamente, hubiera podido creerse que fuera él autor de esta comedia.

—Si hubiese caido, no hubiera tenido la menor duda.

—Cuando se trata de un suceso, es otra cosa. Por otra parte, el juego de los actores es el todo en esta especie de comedias.

—Mucha verdad... Hace un momento pasaba yo junto á un periodista que decia, que era bastante bueno, pero que no estaba «carpinteado.»

—Esa es precisamente la palabra que yo buscaba. Eso no es lo que se llama carpinteado.

—¡Qué diablo! Cuando uno quiere escribir para el teatro, es preciso saber «carpintear.»

—Es lo principal en una pieza.

—Pero hay hombres que creen tener la ciencia infusa.

—Por mi parte, yo sé que encontraba á Gercourt muy buen muchacho, muy amable antes que le diese la manía de escribir... Ahora siempra tiene un aire misterioso, ocupado...

—Es del último ridículo.

—Aquí está Morville. A pensar de su

melancolia tiene el aire tan satisfecho como si él mismo fuese el autor.

—Sin embargo, no hay de qué.

—Y bien! señores, ¿no os lo habia yo dicho? ¡Qué efecto ha producido ese desenlace! Esto ha sido un verdadero triunfo...

—Esto prueba sobre todo, un favor de nuestra amistad. Todos estábamos allí, llenábamos enteramente la sala: ha sido propiamente una representacion en familia.

—Seria preciso verlo delante de un verdadero público.

—Francamente: si Gercourt ha salido bien lo debe á vuestra amistad.

—Oh! Ya empezais con vuestras paradojas, Morville.... Cuando alguno es vuestro amigo, aun que hubiese matado á su padre y á su madre, seria escusable á vuestros ojos.

—Con cuánta mas razon, querido, cuando este amigo hace una encantadora comedia. Al menos reconoced algunas circunstancia atenuantes á su crimen. En primer lugar que no creia que el suceso que ambi-

cionaba pudiera seros tan desagradable. Os juro que en cuanto á esto no ha habido premeditacion.

—Os chanceais, Morville.

—No, es la exacta verdad...

—Mirad; si fuéseis el amigo de aquella muger que lleva aquella polaca tan chavacana, seríais capaz de decir que su tocado es de buen gusto.

—¿De qué muger quereis hablar? ¿Dónde está?

—Allá abajo, al pié de la estátua de Voltaire, al lado de la señora de Brevannes, que parece tan avergonzada del compañonage.

—Qué, ¿Mr. de Brevannes está en Paris?

—Sin duda, querido Morville, ¿pero con qué tono preguntas eso?

—¿Y hace mucho tiempo?

—Creo que no, pues le he visto por primera vez desde su vuelta, en el baile de la ópera. Pero, ¿qué teneis, Morville? Brevannes parece preocuparos. ¿Estareis acaso enamorado de su muger? Os juro que merece la pena.

—Su único defecto es el tener amigas que llevan semejantes tocas.

—Vos que tomais tanta parte en el suceso de Gercourt, querido Morville, olvidais lo mejor... Su comedia ha producido tanto efecto en el príncipe de Hansfeld que le ha vuelto mas imbécil que nunca. Le han transportado á su carruage cuasi sin conocimiento. Por la primera vez que sale, segun dicen, ha sido dichoso.

—¡Qué agradable debe ser eso para la señora de Hansfeld!

—¡Oh! En cuanto á eso podemos decir de ella el mal que se nos antoje. Morville la detesta, y el pretesto de oler á cigarro, que dió por no oir á ver á su tia ni á la bella princesa, no ha engañado á nadie..... ¡Sois original, Morville!...

—Y decis que no hace mucho tiempo que Mr. de Brevannes está en Paris?

—Vamos, ¿conque aun estais con Mr. de Brevannes?... con él os dejo. Buenas noches Morville.. he aquí mi carruage.

—Decididamente, Morville se ha vuelto loco.

—Ved lo que somos, cuando la pasíon nos entontece.

—Lady Melford ha hecho una buena hazaña.

—¡Pobre muchacho!... ¡Ah! por allí vá Gercourt... hace como que huye... para escapar á su triunfo... ¡Qué facultad!...

—¡Es preciso llamarle! ¡Gercourt!..... ¡Gercourt!...

—Qué contento se va á poner!

—¡Bravo, caro amigo!

—Celebramos tan magnífico triunfo.

—Tan gran triunfo.

—No podeis imaginaros, cuánto nos alegramos.

—¡Ah! amigos mios.

—Hace un momento que lo deciamos. Seria ya muy bueno para un hombre que lo hiciese por oficio... pero para un hombre del mundo es doble mérito.

—¡Y bien! os lo juro; lo que me estais diciendo, esos testimonios de buena amistad, me son mas preciosos que el mismo buen éxito.

—Es muy sencillo: cuando se obtiene un

buen éxito, es tanto para sí como para sus amigos.

—Pero ¿en qué piensa Morville? Es que no está contento de mi obra?

—Ya sabeis, querido, cuán dificil es para todo el mundo... Hace como sino viviera.

—Y yo me escapo... pues me estan mirando, y no tengo la menor gana de hacer el «Leon.» Adios.

—¡Adios, querido, y otra vez bravo!

—Está encantado de haber producido su efecto.

—Qué ridícula é insoportable vanidad!

XIX.

La posta restante.

Mr. de Morville, sumergido en una profunda melancolía, no se habia separado de su madre cuyo peligro aumentaba de dia en dia. Se acordaba con una mezcla de gozo y de amargura de su conversacion con la señora de Hansfeld. El grito que á esta se le escapara, le daba una fugitiva esperanza de ser amado de ella. Mas estas esperanzas hacia aun mas cruel la lucha que tenia que sostener contra el deber.

Por una fatalidad á la cual todos los hombres obedecen, su amor aumentaba en proporcion de los obstáculos insuperables que le separaban de Paula.

Y por lo mismo que cumplia un doloroso sacrificio huyéndola, se consolaba alimentando en el fondo de su corazon tan fatal pasion; algunas veces, mas en vano, queria volver á su antiguo amor por lady Melford; queria hacer saltar alguna chispa de aquellas cenizas heladas.

En vano se preguntaba cómo insensiblemente habia llegado tan pronto al completo olvido de un sentimiento que poco há llenaba todo su pensamiento... En vano se preguntaba la causa de su amor por la señora de Hansfeld. Sin duda ninguna era notable su hermosura... En cuanto á su corazon, podia él juzgarlo? En su única conversacion con la princesa se habia mostrado esta desdeñosa, irónica y fria...

En este exámen de las causas de su pasion, monsieur de Morville olvidaba lo mas esencial... sus cartas á la señora de Hansfeld, cuando por una singular instiuicion del amor adivinó todas las emociones de que se hallara agitada. Si es verdad que se ama en razon de los sacrificios que se han hecho al objeto amado, tambien es verdad que ciertas almas privilegiadas aman en

razon de la elevacion de sentimientos que se les inspiran, y Mr. de Morville debió á su amor por la señora de Hansfeld las mas nobles inspiraciones.

Y si se objeta, que jóven, hermoso, sensible, rodeado de seducciones, era preciso que Mr. de Morville fuese como una especie de Scipion, para consagrarse á un amor imposible, despues de haber permanecido por tanto tiempo fiel al recuerdo de una muger amada, responderemos que si esos ejemplos de constancia fenomenal se encuentran algunas veces, es sobre todo entre los hombres jóvenes y hermosos, sensibles y delicados y rodeados de seducciones. Han obtenido bastantes triunfos para no ser infieles por falsa vergüenza, y para añadir por vanidad un número mas á sus conquistas.

Y luego la facilidad misma de obtener los triunfos á que pudieran aspirar, les aleja de ellos. En fin, sin estar absolutamente satisfechos de placeres, su primer ímpetu, calmado desde mucho tiempo, renace y desean entonces goces mas delicados... felices de consagrarles la mayor par-

te de su existencia.

Para ejercitar asi sus fábulas sensitivas, un amor feliz no es necesario. Encuentran un encanto dulce y triste en los incesantes pesares de un recuerdo adorado, en los tiernos sufrimientos de un amor sin esperanza. Comprenden la voluptuosidad inefable de la melancolía, las delicias de las pasiones puras y elevadas.

Hombres menos bien dotados, menos acostumbrados á los triunfos son fieles ó desinteresados en amor por necesidad

Las gentes, como Mr. de Morville, lo son, si puede decirse asi, por lujo.

¿Es por que solo consistiria en ellos el tener que poner una especie de noble depravacion en no tener?

Y luego, en fin, queremos á todo escusar la constancia y la resignacion de nuestro héroe, ciertos golosos sensatos saben de tiempo en tiempo refrescar, renovar su paladar, por una inteligente sobriedad. Esto sentado, Mr. de Morville dias culpado, asi lo esperamos al menos, de las ridiculeces inherentes á su posicion de amante fiel ó de amante desgraciado, ins-

truiremos al lector de una nueva particularidad.

Ocho dias despues de su conversacion con la señora de Harsfeld, recibió por el correo la carta siguiente de una letra desconocida:

«El paso que se tienta acerca de vos, es estraño y loco. Podeis considerarlo como una burla, como una chanza ó como un capricho; podeis responder, por el silencio, por la mofa ó por el desden. El que lo da no se hace ilusion: hay mil razones. para que este paso, sin embargo, tan serio, tan solemne como el mas serio, el mas solemne del mundo, os parezca ridículo ó indigno de vuestra atencion. Sin embargo, se juega toda una existencia... sobre la esperanza casi insensata, de que el instinto de vuestro corazon os revelará cuanto hay de sincero, de grave en la pregunta que se os va á hacer: ¿vuestro corazon es libre?

«Se sabe que un recuerdo querido lo llena hace cerca de dos años; pero no se trata de este pasado: esta pregunta se dirige á vuestro honor, á vuestra lealtad bien conocidos. ¿Podeis responder á un amor

profundo, alimentado desde mucho tiempo en el silencio, en el misterio, amor apasionado que vos solo podeis inspirar y justificar?

«Responded. ¿Aceptais este amor?...

«Muchos hombres se enorgullecerian de poseerlo. No se os dice esto por orgullo... pues este amor... se pone á vuestros pies con tanta humildad como temor... Si sois libre, si podeis consagrar... ó mas bien si permitís que se os consagre una vida toda entera, decid una palabra... y mañana sabreis quién os escribe esta carta.

«La confianza que inspirais es tal, que se os creerá ciegamente. Nada os será mas fácil que engañar á un corazon lleno de deseos. Podeis tomar impunemente este amor como un juguete con la idea de destruirlo bien pronto. Podeis ligera é indiferentemente dar un golpe mortal á un corazon demasiado enamorado... Se os dice esto, porque se sabe que sois bueno y generoso... porque no se presume demasiado de vuestro corazon y de vuestra franqueza, esperando una respuesta leal... Cualquiera que sea será recibida con reconocimiento... Vuestra sinceridad consolará al me-

«

nos de la amargura de una negativa. Este desgraciado amor volverá á entrar en el misterio y en la sombra de donde no debiera haber salido jamás; aun cuando no sea correspondido, no por eso dejará de ser ferviente y eterno. Podeis ser insensible á él, mas no podreis impedir su existencia.

«P. D. Responded posta-restante á madama Derval.»

Sea que se hallase en un centro de ideas románticas, ó melancólicas, sea que creyó en la sinceridad de esta carta, sea en fin que decidido á desechar «el ofrecimiento de aquel corazon» evitaria de esta suerte el ser juguete de una chanza, Mr. de Morville respondió seriamente á aquella proposicion y mandó estas palabras postas-restante con el sobre á madama Derval:

«Mas quisiera mil veces ser víctima de una burla, que responder ligeramente á la espresion de un sentimiento, de que un caballero debe mostrarse siempre orgulloso y reconocido. Existe un mérito que pretendo poseer, y es el de la franqueza. Jamás he cometido una accion baja ó cobarde.

Jamás he mirado como vanas y frívolas las relaciones que existen entre dos corazones que se dan el uno al otro; relaciones, en las cuales una muger pone casi siempre su reposo, su honor, su porvenir á discrecion de un hombre; relaciones de las cuales la muger lo aventura todo, el hombre nada....

«Responderé, pues: No, mi corazon no es libre; amo y amo sin esperanza...

«Seré comprendido cuando diga que respondiendo de esta suerte, creo ponerme á la altura del sentimiento que se me espresa, y que me conmueve cuanto me honra.

«Admitiendo la realidad del sentimiento de que se me habla, me hallo absuelto de presuncion por esta verdad bien conocida: Ser amado no prueba que se merezca ser amado. Por mi parte he pensado siempre que los que aman merecen tanto respeto como admiracion.

«Leon de Morville.»

Al dia siguiente Mr. de Morville recibió

esta respuesta por el correo:

«Se os habia juzgado bien, noble y generoso corazon. Vuestra carta ha hecho derramar lágrimas sin amargura. Vuestra rara delicadeza hubiera aun, si posible fuera, aumentado la loca pasion que habeis inspirado... Loca pasion... ¡Oh! no... no... Jamás un amor fue mas reflexionado... mas meditado... mas casto... Pues sois digno de responder á todas las exigencias del alma mas pura, mas elevada.

«No; la que habeis inspirado no es una loca pasion. La que la esperimenta, se honra de ella, la embellece como una virtud. Ahora se os tiene que pedir una última gracia. Se sabe que si no la acordais, es porque será inoportuna. Si por el contrario la acordais, es que comprendereis de qué inmenso consuelo puede ser para un corazon lleno de vos. Se quisiera escribiros de tiempo en tiempo, no para hablaros de un amor que ya no elevará mas su voz, sino para haceros oir algunas veces los acentos de una voz amiga.

«Vuestro corazon no es libre y amais sin

esperanza.»

«Se ha creido que esta confidencia imponia deberes porque os presagia pesares. Los que han sufrido deben consolará los que sufren. Si vuestro amor continúa en ser desgraciado, acaso en medio de vuestras tristezas acogereis con reconocimiento la consolacion de un corazon que mejor que ningun otro, podrá comprender vuestros dolores.

«Si sois feliz sereis generoso y tendreis algunas buenas y dulces palabras para la amiga desconocida que olvidará sus penas, pensando en vuestros sufrimientos ó en vuestra felicidad. Sois tan leal que no sospechareis la lealtad de los demás. El objeto de esta correspondencia no es el de tender un lazo á vuestro afecto ó de aprovechar un momento de despecho, para ofreceros de nuevo un corazon que habeis desechado. Creereis esto, porque sabeis que hay almas dignas de la vuestra. Creereis esto, porque, suceda lo que suceda, jamás sabreis quién os escribe.

«En fin, no vereis en esta resolucion ni orgullo ultrajado, ni amargura. La eleva-

cion del sentimiento que dicta esta carta, le pone fuera del alcance de esas miserables pasiones. La suerte ha querido que este corazon rendido se os haya ofrecido; demasiado pronto ó demasiado tarde... no por eso este coracon es menos vuestro, es decir, digno de vos.

«Responded posta-restante, con el mismo sobre.»

La calma y la dignidad de esta nueva carta admiraron á Mr. de Morville. Se conmovió á pesar de la preocupacion que le causaba su amor por la señora de Hausfeld. Respondió con su acostumbrada sinceridad:

«Acepto con reconocimiento la oferta que me haceis... Mi corazon está triste, nunca he tenido un confidente...; mas me complaceré, no lo dudeis, en esplayar mis impresiones, no por contar hechos agradables ó penosos, pues los confidentes se interesan por las personas y no por los sentimientos. Puede ser que yo halle un poderoso encanto, un dulce consuelo en decir mis tristezas y mis esperanzas, en oirme compadecer si sufro ó felicitar si soy

dichoso, por la misteriosa y generosa amiga que se digna venir hasta mi.

Leon de Morville«

Escrito y mandado este segundo billete, Mr. de Morville, todo entero á su amor creciente por la señora de Hansfeld, no pensó sino muy rara vez en su misteriosa corresponsal. La persona desconocida (que el lector ha sin duda adivinado) no queria abusar por apresuracion indiscreta del permiso que le diera Mr. de Morville.

XX.

El emisario

Ocho dias habian transcurrido desde que Mr. de Brevannnes habia reconocido en la comedia francesa á Paula Monti en la señora princesa de Hansfel.

Eran las diez de la mañana: Mr. de Brevannes se apeaba de un fiacre á la puerta de una casa de mediana apariencia, situada en la estremidad ne la calle Desmartyrs, calle generalmente desierta.

No habia portero en esta casa. Mr. de Brevaunes subió pues hasta el piso principal, y llamó como llamára el amo. Casi en el mismo momento abrió la puerta una muger modesta, pero curiosamente vestida. Su cara estaba fuertemente barrosa; llevaba anteojos y una caja de rapé en la mano.

En dos palabras diremos que esta muger, llamada madama Grassot, era la ama de llaves de una pequeña habitacion, alquilada por Mr. de Brevannes para recibir con toda seguridad á las rivales de Berta:

—¡Y bien! Mad. Grassot, ¿qué noticias? dijo monsieur de Brevannes, entrando en su lindo salon, en donde ardia un buen fuego.

—Muy buenas, señor Cárlos, dijo la vieja quitándose los anteojos, y aspirando un polvo.

—¿Muy buenas? esclamó Mr. de Brevannes volviéndose hácia ella.

—¡Escelentes, señor Cárlos! ¿Os admira esto acaso?

—No; pues ya sé que sois hábil... Sin embargo, se trataba de una cosa tan dificil...

—¿Y dudábais de mí?...

—Habia tantos obstáculos que vencer... En fin, ¿qué sabeis?

—Me habeis dado ocho dias... y cinco me ban bastado para llevar á cabo mi empresa.

—Y bien...

—Y bien!... Empecemos, como suelen decir, por el principio. Escuchadme con atencion.

—No faltaré.

—El martes por la mañana me dijisteis: Mad. Grassot, es preciso que busqueis un medio de abocaros con uno de los criados ó una de las doncellas de la señora princesa de Hansfeld, que vive calle de Saint-Louis, Hotel Lambert.

—Me haceis morir de impaciencia.

—¡Ah! señor Cárlos, si me interrum-

pis á cada paso...

—Pero no sabeis hasta qué punto esto me interesa...

—Dejadme hablar. Tan pronto preso como ahorcado, como suelen decir. En cuanto volvisteis las espaldas, bajé hasta el baluarte Montmartre, y tomé el omnibus de la Bastilla. Desde la puerta Saint Antoine, me fuí á la isla Saint Louis. Empecé como era justo por dar la vuelta al palacio empezando por la puerta principal, sita calle Saint-Louis-en-L'ile, hasta el estremo del muro del jardin que dá al pretil D' Anjou.

—Os habia recomendado sobre todo que observáseis por ese lado. Hay una puertecita que abre sobre aquel sitio desierto.

—No temais, que nada he olvidado... Mas para mis primeras observaciones debia empezar por la puerta cochera... Como no hay ni café ni taberna, desde donde hubiera podido observar, y como en aquellas calles desiertas se hubiera bien pronto notado mi presencia, me fui al Pretil Sain-Paul, tomé un carruage que ajusté por horas, bajando bien las cortinillas, fuí á em-

boscarme á la esquina de la calle Pouthier, donde vive vuestro suegro.

—Bien... bien... adelante.

—Desde allí veia perfectamente la puerta de palacio sin estar en la misma calle Hasta las tres no ví á nadie. Los dias son tan cortos, que iba ya á retirarme, cuando una muger con un vestido de color de pulga y un sombrero negro salió del palacio y se dirigió justamente hácia donde yo estaba. Era una jóven negra, como un diablo, como quien diria una mulata con ojo azul claro En mi vida he visto semejante cara. Dejé pasar á la morita, pagué mi fiacre y la seguí...

—Y bien.

—Siguió la calle Pouthier, el pretil D' Orleans, el puente, dió, en fin, la vuelta á la isla y volvió á entrar por la puertecita en cuestion. Era un simple paseo.

—¿La habeis hablado?

—¡Peste! y como correis, señor Cárlos! Ya sabeis que mi virtud es la prudencia... Hasta el momento en que ví entrar à la morita por la puerta falsa, nadie me decia que fuese de la casa de la princesa. He

aquí por el primer dia. Esto no parece nada, pero ya sabia por quien preguntar, cuando me presentára en el palacio.

—Bien, y ¿qué mas?

—Al dia siguiente tomé un carton con mis muestras de encajes y de blondas. ¡Qué buena ha sido la idea del carton, señor Cárlos! ¡cuánto nos ha servido! ¡Dios mio! ¡Cuánto nos ha servido!

—Al grano... al grano...

—Por esta vez llego intrépidamente á la puerta principal. Llamo, me abren. Me creereis si quereis, no soy miedosa, señor Cárlos, y bien! no he podido menos de sentir un cierto tipi tap al entrar allá dentro.

—¿Por qué?

—El patio es pequeño, enlosado y rodeado de sombríos bastimentos. Es triste como un claustro. El sol no penetra nunca allí, bien seguro. En el fondo del patio, bay como un peristilo, enorme y tan profundo que todo estaba oscuro. Se veia sin embargo por su blancura el balaustre de una escalera, en forma de herradura que subia hasta el primer piso. El peristilo

iba hasta el fondo

—Pero es un palacio.

—Si, pero tan triste, tan triste, que mas quisiera vivir en una tumba que allí dentro. Un portero viejo y tuerto que me habia abierto, me examinó como si hubiera querido comerme, interceptándome al paso.—¿Qué quereis? me dijo.—¿No es aquí el Hotel-Lambert?—Si.—Habitado por la señora princesa de Hansfeld?—Si y bien!—Vengo á traerle algunos encajes escogidos por una señora jóven, muy morena, que fué ayer á mi almacen hácia las cuatro de la tarde. Como la mulata habia salido á aquella hora mi cuento pareció verosimil. El cerbero me dejó pasar. No habia dado aun cuatro pasos, cando silban detras de mí, ni mas ni menos que en una caverna de bandidos.

Era el portero que anunciaba.

—En efecto, me han dicho que hay algunas casas del Marais donde se silba de este modo.

—De todos modos, es un uso bien particular. Yo que no lo conocia me sorprendió naturalmente. Subo aquella enorme

escalera que nunca acababa; llego al piso principal, y encuentro una especie de gran pedanton vestido de cazador con grandes bigotes que chapurreaba el francés. Le digo que traigo encajes para la princesa; me dice que espere, y me dejó en una ante-cámara, con columnas de piedra, grande como una casa, sonora como una iglesia, tan grande en fin que el menor ruido formaba eco. Juzgad si era aquel o alegre. Al cabo de algunos momentos vuelve el pedanton, y me dice que su ama no ha pedido encajes, y me enseña la puerta. Yo respondo que era una jóven mulata la que los habia pedido.—Entonces es la señorita Iris, señorita de compañia de S E. la princesa? me dijo el pedanton. Justamente es la señorita Iris, me se habia olvidado el nombre, respondí. El cazador se fué refunfuñando, á buscar á Iris. Habia ganado con esto el saber que la morita era señorita de compañia y que se llamaba Iris...

—Iris?... qué nombre tan singular...!

—Muchas otras cosas singulares hallé en ese diablo de casa. Como yo lo habia

previsto, la señorita Iris vino en persona para decirme que era una embustera, y que ella no me habia pedido encages. El cazador se habia quedado allí. lo que no me impidió el decir á la mulata muy coquedito: «Tengo que comunicaros una cosa sumamente importante Se trata de la vida ó de la muerte de un hombre... Mañana á la caida de la noche y los dias siguientes á la misma hora, me encontrareis en el Pretil d'Anjou. junto á la puertecita del jardin: os esperare hasta que vengais...» Estais, señor Cárlos, «La muerte de un hombre...» Siempre se dice eso... es un efecto seguro para picar la curiosidad de la juventud.

—¿Qué respondió la mulata?

—Me respondió con aspereza, como yo preveia, que no sabia lo que queria decir, que parecia una vieja intriganta. Finalmente dijo al cazador mostrándome con la mano: «Que no se deje entrar jamás á esta muger aqui.» El pedanton me hizo un gesto enseñándome la puerta, tomé mi carton, mi saco y mi cayado, como suele decirse, y bajé la escalera, como si hu-

biera encontrado mis piernas de quince años... He ahí por el segundo dia. Ya veis que esto marcha viento en popa.

—No mucho.

—¿Cómo no mucho? .. ¿No era nada el dar una cita á esa morita diciéndole que se trataba de la vida de un hombre?

—Pero esa muchacha ha dicho que no iria

—Dios mio! Señor Cárlos, ¿y sois vos á vuestra edad y con vuestra esperiencia quien me hace semejante observacion? Si yo le hubiera dicho solamente, «mañana estaré en la puerta falsa del jardin, para hablaros de un asunto muy importante; la curiosidad de la mulata hubiera podido contenerse hasta mañana, y pasado mañana ya era demasiado tarde para ceder á esta curiosidad. Pero notad bien que yo le habia dicho: «mañana y dias siguientes», dejándole asi tiempo para sucumbir.

—Es muy justo.

—Y una santa, una verdadera santa no hubiera resistido á la curiosidad de saber si, como lo habia dicho yo, iria todos los

dias, en el corazon del invierno, á plantarme á la dicha puerta; y si venia el secreto debia ser importante, y seria posible que se tratase de la vida de un hombre. Y ¿cuál es la santa, lo repito, que resiste al deseo de conocer semejante secreto?

—Vamos, vamos, madama Grassot, me retracto; sois una muger maestra... Lo que me decis es muy hàbil.

—Ya lo creo...

—Continuad.

—Al tercer dia, hácia las cuatro, tomo un fiacre, mi estufilla para tener los pies calientes, porque la leccion podia ser larga: me envuelvo en mi capa y: «Cochero, pretil D'Anjou. úllima puerta a mano derecha.» Yo contaba con no ver á la morita aquella noche. En efecto, me consumo allí hasta las nueve; estaba yerta... Nada ..

— Y al otro dia?

—¡Ah! señor Gárlos, preiso es que seais vos... Al dia siguiente lo mismo. Llega un fiacre, se para á tocar la puerta falsa. Sus linternas alumbraban como si fuera de dia. A eso de las siete la puerta se

»

entreabre y se vuelve á cerrar bruscamente. Era partida ganada, la curiosa era mia; sin embargo, al otro dia con grande admiracion mia, nadie vino; esperé hasta las diez y media, nada... Pero en fin, ayer noche, he sido bien indemnizada...

—Y yo voy á serlo tambien de todos esos detalles.

—Esto os impacienta, señor Cárlos. ¡Sois tam impaciente! En fin ayer llegué, se me estaha esperando, porque la puerta se abrió al momento y la morita envuelta en una capa, se avanzó sobre el dintel de la puerta, bajó el cristal del fiacre, y ella me preguntó en voz baja, si era la vendedora de encages la que estaba alli... ¡Pobre corderita!!

—«Ella misma es bella señorita, la dije; pero si quereis subir un momento en el fiacre conmigo, hablaremos con mas comodidad...

—«¡Oh! no me atrevo.

—La pobrecita estaba toda asustada; ¡es tan jóven y tan tímida! En fin, despues de sies y de peros, consintió en subir en el fiacre junto á mi; dije al cochero que dé

la vuelta á la isla y partimos. La pobre criatura temblaba tanto, que pasé todos los trabajos del mundo para tranquilizarla. Me entiendo en esas materias; os doy á la morita por la mas terrible temblona, la mas famosa «ingenua...»

—En fin... en fin...

—«Me habeis dicho, señora, me dijo, que teniais que comunicarme un asunto de mucha importancia, de que dependia la vida de un hombre». Ya lo veis, señor Cárlos, esto produce siempre su efecto.

—«Si, hermosa señorita, pero lo que debe tranquilizaros es que este secreto no os concierne: concierne á vuestra buena, vuestra escelente ama, á quien amais con todo vuestro corazon, ¿no es asi? Si, señora.

—Y á quien no querriais dar ningun disgusto. No señora. Y bien hija mia, le causariais uno muy grande, no procurandóle los medios de evitar muchas desgracias.

—¿Y cómo asi, señora? Un desgraciado jóven .. pero no puedo deciros mas, hija mia... ¡Pobre jóven!... Si consentis en oirle, él vendrá en mi lugar mañana por la noche á la puerta falsa, él os lo esplicará

todo. ¡Oh! señora, jamas me atreveré, pero se trata de una cosa muy grave para vuestra señora. En ese caso hablaré de ello á S. E. Ya veis si la morita es simple, señor Cárlos. Guardaos bien de hacerlo, le dije yo, oid antes á ese desdichado jóven; y si lo que os dice no os persuade, no hablareis de nada á vuestra señora: verdad es que habria otra cosa mucho mas sencilla, y es que su escelencia viniera con vos. Esperad, no os asusteis asi, hija mia: es con un objeto bueno y loable. . No, se trata de salvar la vida á un desgraciado; acordad la cita que os pido; si necesario fuese, prevenid á la princesa... Y al príncipe, deberé tambien prevenirlo, me dijo la inocente.

—¡Diablo!...

—Os confieso que á estas palabras, señor Cárlos, me arrepentí de haberme adelantado tanto. Pero bien pronto ví que era pura ingenuidad de aquella muchacha; parece tiene 16 años... Juzgad lo que puede ser... En fin, á fuerza de razones y de promesas, la decidí á que os diese una cita como á mi, por la puerta falsa.

—¿Esta noche?

—No; mañana. Me ha dicho que su señora no sale hoy; pero que iria mañana á la Opera, y que entonces, á eso de las nueve, podriais ir en fiacre á la puerta falsa. Ahora, señor Cárlos, lo demas es vuestro negocio. Ya estais en relaciones con la doncella, y hasta cierto punto con el ama. Pues ingenua, como es esa jóven, probablemente se lo dirá todo á su señora, y si la mulata vuelve con permiso de la princesa, estais en buen camino... Si no vuelve mas, es mala señal.

—Vamos, madama Grassot, sois una muger incomparable. Tomad cinco luises para vuestro gastos de fiacre.

—El señor es muy generoso. ¿El señor no tiene nada mas que mandarme?

—No; mas decidme: ¿habeis preguntado al vecino del segundo piso si quiere desocuparlo? Prefiero tener solo esta casa.

—¡Qué cabeza tengo! ¡A mi edad no es estraño! Olvidaba decir al dueño que este vecino consiente en marcharse al momento si se le dan 1,000 frs. de indemnizacion.

—¿Está loco? Apenas es su alquiler de 400 francos.

—He batallado, y no ha habido medio de obtener nada.

Pero eso es ponerme entre la espada y la pared.

—Sin duda; es preciso pagar la conveniencia, y se iria al instante: en 24 horas habria desocupado su cuarto.

—Vamos, tomad un billete de mil francos y otro de quinientos. Pagareis seis meses adelantados y me dareis cuenta de lo demas.

—El señor estará en efecto mucho mas tranquilo estando solo en la casa. En cuanto á mí, no tendré por eso mas miedo, aunque no haya portero. No temo ni á los fantasma ni á los ladrones.

—Por otra parte, aunque muy solitario, el barrio es muy seguro.

—Sin contar con el centinela de la esquina que desde su garita ve nuestra puerta.

—Vamos, madama Grassot, haced que ese inquilino desocupe cuanto antes; estoy impacieute por estar solo aqui.

—Pasado mañana será cosa concluida, señor... Vamos, buen suceso... Ya se yo para quién querrá la estrena de esta casa despues que el inquilino del segundo piso se haya marchado... Pero ya conozco yo al señor y sé que será lo mas pronto que pueda... Cuando al señor se le pone alguna cosa en la cabeza...

—Sois una aduladora, madama Grasot.

Y Mr. de Brevannes salió de la casa de la calle des Martyrs.

Despues de haber esperado al dia siguiente con suma impaciencia, llegó á eso de las ocho de la noche al Pretil d' Anjou. Hacia una hermosa noche de invierno; el frio era vivo y seco, la luna brillaba. Despues de algunos momentos de espera, la puerta falsa del jardin del palacio se abrió: Iris apareció sobre el dintel bien cubierta. Mr. de Brevannes babia dejado su carruage á algunos pasos acudió en cuanto vió á la joven mulata, y tomó su brazo temblando.

XXI.

La entrevista.

—Antes de todo, tomad esto para vos, hija mia, dijo Mr. de Brevannes procurando poner en la mano de la mulata un bolsillo.

Esta rechazó con orgullo el bolsillo diciendo:

—Os equivocais, caballero.

—Es una débil prueba de mi estimacion, replicó Brevannes insistiendo.

—De vuestra estimacion, caballero?

En la espresion de amarga ironia que acompañó á estas palabras, Mr. de Brevannes conoció que babia cometido una

imprudencia. Guardó el bolsillo y dijo:

—Sois señorita de compañia de la señora de Hansfeld.

—Si.

—¿Hace mucho tiempo que os hallais á su servicio?

—Mucho tiempo.

—¿Sin duda desde su vuelta de un viage á Florencia que hizo con su tia?

—Si.

—La muger que os he mandado, ha debido deciros que tenia que comunicar á la princesa cosas del mas alto interés...

—Me lo ha dicho.

—Habeis instruido á la princesa de los pasos de esta muger y de la entrevista que me acordábais?

—No.

—Sin duda habeis guardado el mismo silencio con el príncipe.

—Yo no hablo nunca con su escelencia.

—Habeis venido...

—A saber lo que teneis que decir á la princesa é instruirla de ello si lo tengo por conveniente.

—Sois bien jóven, y no sé hasta que

punto poseeis la confianza de la princes apara...

—En ese caso hablad directamente á ella.

—Eso es lo que pido; dadme los medios de hacerlo.

—Eso depende de mi señora.

—Cualquiera que sea el precio que deis á este servicio...

—Yo no puedo hacer nada sin el parecer de la princesa.

—Dadle esta carta.

—Imposible.

—Nada contiene que pueda comprometerla. Solo le digo que teniendo que decirle cosas de la mayor gravedad la suplico que me procure los medios de dirigirle una carta con toda seguridad.

—Entonces esa carta es inútil: yo le haré esta proposicion; si la acepta, ella os lo hará saber. Vuestro nombre y vuestra casa.

—Me llamo Cárlos de Brevannes; tomad mi targeta. No lo olvideis: Cárlos de Brevannes.

—No lo olvidaré.

—Este nombre ¿os es enteramente desconocido?

—Enteramente.

—¿Jamás, la señora de Hansfeld lo ha pronunciado delante de vos?

—Jamás.

Mr. de Brevannes, contrariado por la reserva de la doncella provó otro medio de ganarla.

—Francamente, hija mia, es preciso demostrarlo todo... Tengo en efecto cosas muy interesantes que revelar á la princesa de Hansfeld. Pero, añadió con acento lisongero, casi tierno, tambien tengo algo que deciros á vos.

—¿A mí?

—Sin duda: os he visto el otro dia pasar por la calle de Saint-Louis. Os hallé encantadora, demasiado encantadora para mi reposo.

La mulata bajó la cabeza sin responder.

Acaso seré mas sensible á los requiebros y dulzuras, que al dinero pensó Mr. de Brevannes, y continuó:

—Sí, y desde aquel dia he deseado do-

blemente el veros: en primer lugar, para hablaros de la impresion que habeis hecho en mi, y luego de las cosas importantes que conciernen á la princesa.

—¿Os burlais caballero?

—No creais eso... acaso hubiera hallado otros mil medios de llegar hasta la señora de Hansfeld; pero he preferido recurrir á vos; vuestra espresiva fisonomía anuncia tanto talento, pasiones tan ardientes, tan generosas, que en hablandoos de vuestra señora y del amor que inspirais, debe estarse seguro de ser bien acogido por vos... Iris...

—¿Sabeis mi nombre?

—Tambien sé otras muchas cosas... hace mucho tiempo que no me ocupo mas que de vos... Vuestro sincero rendimiento á la princesa ha aumentado, si es posible, mi interés por vos...

—Yo no debo escuchar esas palabras dijo Iris con voz ligerameute conmovida.

—Es mia. Esta muchacha no podrá resistir á algunas amorosas flores; es una niña. Madame Grassont decia bien; pensó Mr. de Brevannes, y añadió en alta voz:

—Pero, en lugar de andar así lejos de mí, dadme vuestro bonito brazo, mi cara Iris.

—No; tengo que volver á casa.

—Aun no.. apenas he tenido tiempo de hablaros.

—Habladme de la princesa... os lo ruego, caballero.

—Ese es mi mas vivo deseo; pero para ello es preciso que estemos bien en confianza el uno con el otro; acaso podremos entonces prevenir entre los dos grandes desgracias.

—¿Qué decís? La princesa peligraria....

—No temais, encantadora Iris. Si quereis, conjuraremos estas desgracias... Con tan linda aliada como vos se harian prodigios; y ahora que me acuerdo, si nos entendiésemos bien los dos, acaso seria inútil prevenir aun á la princesa.

—¿Cómo?

—Podia no ser dueña de si misma, asustarse, y comprometer el feliz éxito de los proyectos que formo en su interès.

—¿Pero qué puedo yo hacer? ¿Por qué es preciso que nos entendamos bien?

—Ya os lo esplicaré... Pero antes es preciso responder con franqueza á algunas preguntas que voy á haceros ¿Quereis?

—Ay! A pesar mio, caballero, y sin saber por qué, me inspirais confianza.

—Por que mi lenguaje y mis sentimientos son sinceros.

—No, no, yo no debo creeros... Aquella muger que me habeis mandado tan á menudo, tantos artificios, tanta perseverancia...

—Mi violento deseo de llegar hasta vos, hasta la princesa, es mi escusa. Vos la aceptareis, encantadora Iris.

—Acaso no lo deberia... Conducirme á pesar mio á daros una cita!...

Decididamente, madama Grasot es una gran fisonomista, pensó Mr. de Brevvannes. Esta muchacha es ingénua y necia cuanto es posible, y añadió en voz alta:

—¿Y qué mal hay en eso, acordarme una cita... casi á pesar vuestro? En primer lugar habeis resistido y luego me haceis tan feliz...

—Vos lo decís.

—No lo dudeis. Y qué, ¿no es nada el tener bajo el mio este brazo encantador?

—Os lo suplico, hablemos de la princesa.

—¿Y sois vos quien me lo pide ahora?...

—Si, puesto que es por ella por quien venis aqui.

—Hablemos aun de vos, ó mas bien dejadme gozar en silencio del placer de estar á vuestro lado.

—No, no, quiero volverme... Ya veo que quereis engañarme... Ningun motivo teneis de hablar á S. E. Es un lazo que me tendiais.

—Y aun cuando asi fuera.

—¡Oh! seria muy mal... el querer engañar á una pobre muchacha... Dejadme, quiero irme....

—¡Y bien! Vamos, vamos, calmaos, Iris... Pero, ¿á qué hemos de hablar de la señora de Hansfeld, si no quereis responder?

—Mas quiero hablar de mi señora que oiros hablar asi de mi.

—¡Y bien!... decidme... Hace unos ocho

dias, la señora de Hansfeld fué al teatro con su marido, ¿no es verdad?

—Sí, el príncipe salia por primera vez desde mucho tiempo.

—Y vos quedasteis sola acaso en el palacio, hermosa Iris... ¡Qué dicha para el que hubiera de gozar con voz de tan dulces horas!

—Caballero, hablemos de la princesa ó me voy.

—¡Y bien! Al volver del teatro, ¿cómo se halló la princesa?

—Muy inquieta en un principio, pues el príncipe no se halló enteramente restablecido de su indisposicion, sino una hora despues de su llegada.

—¡Dios mio! Iris; qué ojos teneis tan hermosos y tan brillantes...! Bendita sea la claridad de la luna que me los permite admirar!...

—¿No teneis nada mas que decirme de S. E?

—Cuando se hubo tranquilizado sobre el estado de su marido... ¿volvió sin duda á su calma ordinaria?... ¡Qué bonitas manos teneis!

—Dejadme, pues, caballero... ¿A qué viene hacerme preguntas si no atendeis á las respuestas?

—Vamos, ya os escucho... Teneis razon, muy graves intereses se hallan en juego. Solo á pesar mio cedo á las dictracciones que me causais. ¡Y bien! La princesa...

—Lejos de calmarse cuando el príncipe cesó de inquietarla, su agitacion aumentó aun. Como de costumbre acudí con sus doncellas. Ella las despidió y me quedé sola... Entonces lloró, oh! lloró mucho tiempo.

—¡Lloró!

— Y yo misma no pude contener mis lágrimas.

— Parecia muy irritada, ¿no es verdad?

—Ella... oh! no ¡Dios mio! todo lo contrario, estaba abatida, oprimida. De tiempo en tiempo levantaba los ojos y las manos al cielo, y luego volvian á correr sus lágrimas... Hácia la una, llamó á sus doncellas, la desnudaron, y nos volvimos á quedar solas. Entonces, en lugar de acostarse se puso á escribir, en su libro negro

»

de secretos, en donde he notado que escribe siempre que le sucede algo de estraordinario. Yo le dije que iba á fatigarse demasiado. Me respondió que no, que por el contrario aquello la calmaria.

—La dejé. Cómo á las cuatro de la mañana, vi aun luz en su cuarto, y entré despacito; estaba todavia escribiendo.

Lo que acababa de decir la mulata (y mentia completamente en cuanto al libro negro y al abatimiento de la princesa) era para Mr. de Brevannes de un valor inestimable. Se le figuraba que su encuentro imprevisto habia causado la agitacion, la angustia, las lágrimas de la princesa. Ignoraba que la señora de Hansfeld le habia ya visto en el baile de la Opera, y solo se admiraba de que pareciese mas abrumada que irritada por su encuentro.

No tan solo era obstinado Mr. de Brevannes, sino tambien singularmente vano. A pesar de la frialdad, de la aversion que le mostrara en Italia la señora de Hansfeld nunca habia desesperado de hacerse amar de ella. Su funesto duelo, obligándole á ausentarle, no habia estinguido su amor ni

arruinado sus esperanzas, y se habia dicho muchas veces que sin su huida que el rigor de las leyes italianas habia hecho necesaria, hubiera conseguido interesar á Paula Monti, por la violencia, por el esceso mismo de su amor hácia ella..... y hacerle olvidar el nombre de Rafael quien á pesar de todo le habia provocado.

Las vanidades, por lo menos, tan ciega como el amor. Se comprenderá entonces que concibiera una esperanza al saber que la princesa se mostrára mas abatida que irritada á su vista.. Lo que le daba aun mucho en qué pensar era esta circunstancia.

Paula habia, despues de su encuentro escrito largamente en un libro al cual confiaba sus mas secretos pensamientos.

Se trataba evidentemente de la muerte de Rafael y de las circunstancias que la causaron... Luego debia hablarse de él, de Brevannes.

Poseer aquel y sorprender los mas intimos pensamientos de la señora de Hansfeld, tal fué desde aquel momento el mas ardiente deseo de Mr. de Brevannes; pero

cuanto mas importante era para él la satisfaccion de este deseo, tanto mas debió temer su éxito. Creyó, pues prudente y hábil hacer como si no diera la mayor importancia á la revelacion que Iris parecia haberle hecho con la ingenuidad de una niña.

La mulata sorprendida de su silencio le dijo:

—Y bien, caballero, ¿en qué pensais?

—En vos Iris: aun una distraccion.....

—¿Cómo, caballero, á pesar de vuestras promesas? y á mí que respondo á todas vuestras preguntas.... á mí que os digo mas de lo que debiera... ni siquiera me habeis escuchado...

—Si, muy bien; mas ya lo veis, Iris; las preguntas que os dirijo sobre la princesa son bien sencillas, y si respondeis á ellas en nada la comprometeis: aun no puedo deciros cuál es su objeto. Bien pronto acaso os pediré aun mas. Para entonces, asi lo espero, habré hecho bastantes progresos en vuestra confianza para que tengais toda fé en mí.

—No debiera consentir en volveros á

ver, caballero.... ¿Con qué fin? Ya lo veo, no hay mas que un medio de correspondencia entre vos y la princesa... Mas ¿por qué quejarme?... Los desgraciados ¿no han sido siempre sacrificados á los felices... á los grandes de este mundo?...

El imperceptible acento de amargura con que Iris acompañó estas palabras, hizo estremecer á Mr. de Brevannes; una nueva idea le pasó por la imaginacion.

Acaso la señorita de compañía estaba celosa de su ama y descontenta de su posicion; ¿qué cosa mas natural?

Las gentes de la especie de Mr. de Brevannes; por astutas que sean, son casi siempre presa de su funesto desden por el género humano, y de su propension á creer ante todo, en los malos sentimientos. En lugar de suponer, segun toda probabilidad, que la mulata era enteramente adicta á su ama. y detenerse prudentemente en la reserva, bastó á Mr. de Brevannes no una palabra sino una inflexion de voz, para creer á Iris envidiosa de la señora de Hansfeld, y aun acaso hostil á la princesa.

Y se hallaba tanto mas inclinado á ad-

mitir esta hipótesis cuanto que servia perfectamente á sus proyectos. Hubiera sido para él de suma importancia el tener en casa de la señora de Hansfeld una persona de su devocion que no se hallase contenida por ningun vínculo de gratitud, por ningun escrúpulo ni rendimiento; queriendo sin embargo asegurarse de la realidad de sus sospechas, dijo á Iris en el tono afectuoso de un tierno interés:

—Sois feliz, muy feliz, con la princesa... ¿no es verdad?

La jóven comprendió el valor de esta pregunta que habia provocado hábilmente; permaneció un momento sin responder, suspiró, y luego despues de un silencio de algunos segundos, dijo:

Sí, sí muy feliz; y aun cuando no lo fuere, ¿á què quejarme?

—Luego, deshaciéndose bruscamente del brazo de Mr. de Brevannes, corrio á la puerta falsa del jardin que habia quedado entreabierta.

Sorprendido por esta repentina huida, Mr. de Brevannes la siguió diciendo:

—¿Pero al menos volveré á ver?...

—No sé, respondió ella.

—¿Y cuándo? ¿Pasado mañano á la misma hora?

—Puede ser... y aun... no, no, nunca mas. Bastante desgraciada soy.

Y la puerta del jardin se cerró bruscamente.

Mr. de Brevannes volvió á su casa sumamente satisfecho de su conversacion con Iris...

Iris no menos satisfecha fué á reunirse con la señora de Hansfeld y á darle cuenta de su entrevista con Mr. de Brevannes, reservándose, sin embargo, ciertos detalles relativos á un proyecto infernal recientemente formado.

XXII.

Encuentro.

Algunos dias despues de la entrevista de Iris con Mr. de Brevannes en el momente en que acababan de dar las cuatro en la iglesia de San Luis, una niebla, mas densa aun por la proximidad de los dos brazos del Sena que bañan la isla Saint-Louis, invadió al barrio solitario.

Hácia la altura del antiguo Hotel de Bretonvilliers, entonces en demolicion, el pretil d'Orleans no hallándose aun revestido de un parapeto, formaba un talus muy escarpado, que, en aquel sitio, encajonaba al rio.

Un bombre envuelto en una capa se paseaba lentamente por aquella orilla, parándose de cnando en cuando á contem-

plar la rápida corriente del Sena hinchado por las lluvias del invierno. Este barrio, siempre solitario y desierto, se hallaba sumergido en un profundo silencio; la niebla haciéndose mas y mas densa ocultaba casi enteramente la otra orilla del rio, y velando á medias los bastimentos arruinados del hotel Bretonvilliers, les daba una apariencia grandiosa. Sus altos muros destruidos en parte, aquí y allí agujereados por anchas ventanas sin persianas, diseñando sus masas ennegrecidas por el tiempo sobre un cielo gris, se asemejaban á imponentes ruinas.

—El hombre de que hemos hablado, contemplaba con tristeza el aspecto melancólico de aquel barrio. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, andaba lentamente á lo largo del talus parándose de vez en cuando para escuchar el murmullo de las aguas sobre la playa ó para fijar su mirada en la corr ente del rio.

Fué arrancado de esta meditacion por un ruido que oyó: levantó la cabeza y vió acercarse á un hombre de elevada estatura: luenga y blanca barba caia sobre su

pecho. Se adelantaba con su paso firme, aunque parecia esplorar de vez en cuando el terreno con su baston.

La niebla se habia hecho muy espesa: aquel anciano (el lector habrá conocido ya á Pedro Raimond), cuya vista era débil é incierta, en lugar de seguir en línea recta se habia desviado mucho á la derecha y avanzaba directamente hácia el hombre de la capa que él no veia.

Este último, colocado en el borde del talus, se apartó maquinalmente para dejarle pasar.

Pedro Raimond llegó á lo mas alto de la orilla, perdió el equilibrio. rodó por la pendiente del escarpe y desapareció en el rio, estendiendo los brazos y dando un terrible grito.

Todo esto pasó en menos tiempo que el que ha sido necesario para escribirlo.

Desembarazarse de su capa, precipitarse al Sena, penetrar hasta el fondo para arrancar aquel desgraciado á la muerte, tal fué el primer movimiento del principe de Hansfeld, pues era él quien se paseaba en aquel sitio desierto, vecino, como hemos

dicho, del hotel Lambert.

Debil, delicado, pero de una organizacion muy nerviosa, Arnold de Hansfeld podia, por una violenta sobrescitacion, hallar en su energia mas fuerza pasagera. Despus de inauditos esfuerzos consiguió asir á Pedro Raimond.

La corriente era tan rápida, que durante los poco momentos que duró este «salvamento» inesperado, los dos hombres fueron arrastrados muy lejos y felizmente hácia un sitio muy llano de la orilla, pues las fuerzas de Mr. de Hansfeld tocaban á su término,

En aquel peligro, Pedro Raimond conservando toda su sangre fria, facilitó los esfuerzos de su salvador, en lugar de paralizarlos como suele suceder en estas luchas desesperadas contra la muerte.

Cuando Mr. de Hansfeld y Pedro Raimond estuvierou en seguridad en la playa, el grabador á su vez tuvo que salvar, por decirlo asi, á su salvador; á la fuerza facticia del príncipe sucédió un anonadamiento completo.

La noche se acercaba. El crepùsculo

hacia la niebla aun mas sombria. En vano Pedro Raimond pedia socorro. El ruido del viento y de las crecidas aguas, cubria su voz; vanos gritos por otra parte, pues no pasaba un alma por aquellos parages desiertos.

Mr. de Hansfeld temblaba convulsivamente: frágil, débil, le habia sido necesario ser dos veces valeroso, para esponerse á tan grande peligro, con tan pocas fuerzaz para vencerlo! El anciano grabador, robusto aun para su edad, tomó á Arnold en sus brazos como quien coge á un niño, subió la playa andando con precaucion y llegó á una escalera que conducia al pretil.

Pedro Raimond se hallaba en frente de su casa situada al ángulo de la calle Pouthiers y del pretil d' Anjou.

Ayudado de su portero, lo transportó á su habitacion, y á pesar de su culto por el aposento de su hija, lo colocó en él delante de un buen fuego.

Mr. de Hansfeld empezaba á recobrar sus sentidos; miraba en derredor suyo con admiracion.

—Caballero, os debo la vida... dijo el grabador, me habeis salvado, esponiendoos á pereer... Los tèrminos me faltan para deciros mi reconocimiento.

—En dónde estoy...? ¿quién sois vos, caballero?...dijo Arnold de Hansfeld, tratando de reunir sus ideas.

—Reponeos, caballero... Ved aqui lo que ha sucedido. Hace un momento, engañado por la niebla y por la debilidad de mi vista, desviándome demi camino me he encontrado sin advertirlo sobre el talus que encajona al rio, en frente de las demoliciones del Hotel Bretonvilliers; no he podido contenerme en aquella rápida pendiente, y cai al rio... ¡Entonces no escuchando mas que vuestra generosa intrepidez...

—Ahora me acuerdo de todo dijo el príncipe, y aun me acuerdo, que si mi primer movimiento fué tratar de arrancaros al peligro qüe os amenazaba, mi primer pensamiento fué temer que mi buen deseo os fuera fatal... Estoy tan débil, que os habrá sido acaso necesario defenderos de mis malhadados esfuerzos y salvarme á mi mismo despues de haberos salvado, dijo el

príncipe sonriéndose.

—No, no, caballero tranquilizaos; como todos los corazones bravos y generosos, habeis sido fuerte .. mientras os ha sido necesario ser fuerte para arrancarme á una muerte cierta... Salvado por vos, he debido á mi vez venir en ayuda á vuestra bilidad, pues teneis mas valor que fuerza... Os he transportado aquí... á casa de Pedro Raimond.. grabador.

Mr. de Hansfeld iba sin duda á nombrarse á su vez, cuando la puerta de la habitacion se abrió. Pedro Raimond volvió la cabeza. Berta pálida, los ojos anegados en llanto, las facciones trastornadas, se arrojó en sus brazos esclamando:

—Padre mio, ya no tengo otro refugio que tu casa.

Berta al entrar se hal ia precipitado tan bruscamente en los brazos de su padre, quien vuelto hácia ella le ocultaba enteramente á Mr. de Hansfeld, que no apercibió á este último.

—Me despacha... me despacha de su casa, murmuró Berta con una voz interrumpida por sus solloos teniendo á su pa-

dre estrechamente abrazado.

¡Hija mia, no estamos solos, dijo el anciano en voz baja.

Mr. de Hansfeld se habia estremecido de gozo y de sorpresa á la vista de Berta: volvia á hallar en ella la muger que hiciera en él tan profunda impresion en la comedia francesa... impresion que se habia cambiado en una especie de amor vago, romancesco, ideal.

Se acordará el lector que el palco de Mr. de Hanafeld estaba tan oscuro, que Berta á pesar de su curiosidad no pudo apercibirlo.

A estas palabras de Pedro Raimod: «No estamos solos», Berta sonrojándose dió un paso hácia la puerta llena de cofusion.

Mas Pedro Raimon: tomó á su hija por la mano, y mostrándole á Mr. de Hansfeld:

—Hija mia... hé aquí á mi salvador.

—Qué decís. padre mio?

—Hace poco, perdido en medio de la niebla, equivoqué en el camino me caí en el rio.

—¡Gran Dios!

Y Berta se precipitó en los brazos del anciano, lo estrechó fuertemente contra su corazon, y luego lo miraba con ansiedad.

—Este caballero se hallaba allí por casualidad y me ha salvado; mas habiéndose agotado sus fuerzas en la lucha, le he transportado aquí...

—¡Ah! caballero, me habeis vuelto á mi padre, esclamó Berta, cuando acaso nunca he tenido mas necesidad de su ternura y de su proteccion. ¡Ay! nada podemos hacer por vos. Pero Dios se encargará de pagar nuestra deuda.

—Me hallo demasiado pagado, sabiendo que he vuelto un padre á su hija.

—Pero al menos, que sepamos á quién debemos tanto, dijo Pedro Raimond.

—¿Qué nombre uniremos á nuestros ruegos, cuando pidamos á Dios que os bendiga? añadió Berta.

—Me llamo Arnold... Arnold Schnaider; dijo monsieur de Hansfeld sonrojándose y balbuceando un poco.

—Pedro Raimond atribuyó aquel em-

barazo á la modestia de su salvador, y añadió:

—Pero ¿á dónde podré ir, caballero, á mostraros mi reconocimiento por haberme conservado para mi hija?

Mr. de Hansfeld se sonrojó de nuevo, y despues de un momento de silencio respondió:

—Si lo permitis, caballero, yo seré quien venga algunas veces á informarme de vuestro estado, y á recibir el precio de lo que llamais mi buena accion.

—No insisto, caballero, dijo Pedro Raimond. Concibo el sentimiento que os hace ocultar vuestra morada, y aun acaso vuestro verdadero nombre... Respetaré vuestra reserva... Unicamente, sed bastante generoso para venir algunas veces á mi casa, puesto que no permitis el ir á la vuestra... Prometédmelo... evitadme hasta la apariencia de inquietud.

—Os lo prometo, caballero... Mas no me siento enteramente restablecido: ¿tendriais la bondad, si es posible, de hacer venir un carruage?... No quiero abusar por mas largo tiempo de vuestra hospitalidad.

«

Habiéndo permanecido el portero en el cuarto del grabador, Berta fué á decirle que hiciese venir un fiacre.

Al cabo de algunos instantes, Mr. de Hansfeld salió de casa del grabador. Pedro Raimond mudó sus vestidos mojados y volvió junto á su hija.

XXIII.

Pesares.

Al verle Berta se arrojó de nuevo en sus brazos esclamando:

—Ahora ya puedo abandonarme á mi gozo... Estas aquí, estas aquí... y ha faltado poco para que te pierda... á tí, á tí, pobre padre... Es horrible... Me hallo tan feliz

con volverte á ver, que no puedo creer que hayas corrido ese peligro... No, no... algun presentimiento me hubiera advertido, al venir, de tan atroz desgracia... Pues es imposible que esté uno al punto de perder á su padre sin que una horrorosa agonía se lo advierta.

—Cálmate, querida hija, la Providencia se ha compadecido de nosotros. Si ningun presentimiento te ha advertido, es sin duda porque debia ser salvado... Ya me vuelves tan supersticioso como tú. Mas no olvidemos jamás lo que debemos á ese generoso desconocido.

—Oh! Jamás!... jamás lo olvidaré: pero temo que mi reconocimiento se confunda, se pierda con la dicha de volverte á ver bueno, escelente padre... Ya no tengo mas que á ti en el mundo... esclamó Berta prorumpiendo en llanto.

Pedro Raimond estrechó las manos de Berta entre las suyas y le dijo con amargura:

—¿Nuevos pesares aun?.,. ¡Desgraciada hija!

—¡Ya no me ama!... !soy para él una

carga insoportable!... ¡Le soy odiosa!... dijo Berta derramando lágrimas.

—¡Oh! ¡mis predicciones!... esclamó dolorosamente el anciano.

—¿Padre mio no me abrumeis!...

—No es un reproche, pobre hija... ¡ay! es un grito de amarga satisfaccion... Mi ternura por tí no me habia engañado... ¿Pero qué es lo que ha sucedido?

—Desde la escena dolorosa que tuvo lugar aquí al dia siguiente de nuestra llegada, el genio de Cárlos ha sido cada vez mas áspero, sobre todo, desde el dia en que fuimos al teatro. Hasta entonces, guardaba al menos alguna mesura; aun me espresó su sentimiento por haberse mostradó un poco duro hácia vos ., Pero desde aquella funesta representacion, digo funesta, porque al dia siguiente nuevos tormentos empezaron para mí...

—Y aun me los has ocultado. Cuando viniste el domingo, ¿por qué no me lo digiste?

—Temia el afligiros...; mas ahora... ya no puedo mas. Si supierais, Dios mio, si supierais...

—Animo, hija mia, ánimo. Esplícate... cuéntamelo todo...

—Y bien, padre mio... desde esta representacion, el genio de Cárlos, muy irritable ya... se volvió sombrío y malvado... Apenas lo veia yo... Salia por la mañana y solo volvia á una hora muy avanzada de la noche; á las horas de comer siempre estaba taciturno y preocupado... Dos ó tres veces se levantó de la mesa sin concluir de comer, y fué á encerrarse en su cuarto. Si le preguntaba algo sobre las penas que parecia tener me respondia con dureza que no me importaba.. Desde entonces ya no me atreví á decir una palabra sobre este particular... Esta mañana, sin embargo... viéndolo mas contento que de costumbre, le dije: Pareceis mejor hoy que los otros dias, Cárlos... Y nada mas, padre mio.. nada mas... os lo juro.

—¡Pobre hija! Continúa.

—Al momento se contrajeron sus facciones, y esclamó con amargura: ¡y de qué me sirve el estar mejor! Para qué espero... si algo tengo que esperar... cuando estais vos ahi, cono una cadena á la cual me veo

en adelante y para siempre atado... Maldito, maldito sea el dia en que fuí bastante débil para casarme... para caer como un necio en el lazo que vos y vuestro padre me tendísteis...

El anciano comprimió un movimiento de cólera, y continuó con voz firme: ¿Y qué mas... hija mia?

—Este reproche era tan cruel, tan humillante, tan inesperado, que no supe qué responder... lloré. Se levantó entonces con violencia esclamando: ¡Qué suplicio! ¡Oh! ¡Mi libertad, mi libertad¡.. ¡Dios mio! Yo no le importuno en nada..., todo lo que le pido es que me permita venir á veros.

—¡Oh! ¡Paciencia! esclamó el grabador con voz contenida.

—Viéndome tratar asi, continuó Berta! esclamé: Cárlos, ¿quereis separaros de mí? Sí soy una carga para vos, decidmelo... Y bien, sí, me respondió con furor, sí, sois para mí una carga pesada. Sí, os aborrezco, porque me habeis obligado á hacer el mas ridículo de todos los casamientos. Y jamás os lo perdonaré. ¡Pero Dios mio! le dige yo, ¿qué he hecho, qué teneis que reprenderme?

¡Oh! ¡Nada! Sois demasiado ducha para eso... Sabeis muy bien que si me engañaseis os mataria á vos y á vuestro cómplice. No es la virtud la que os mantiene en vuestro deber, sino el miedo. Y esto diciendo salió violentamente... Y vuestra hija ha venido á vos... padre mio .. Pues es lo único que le queda en el mundo, esclamó Berta, prorumpiendo en llanto.

—Asi debia suceder, dijo Pedro Raimond. Ese corazon egoista, ese carácter orgulloso y terco debia hacerte pagar caro.. bien caro, un dia, los sacrificios que se impusiera para obtener tu mano... á todo precio... Mas no puede quedar asi... Tu comprendes que es preciso que yo impida á ese hombre que torture de esta suerte á mi hija querida. Tu conducta ha sido siempre admirable... y no quiero que te sigas tratando como á un juguete de su capricho.

—¿Pero qué remedio hay? ¿qué remedio?

—No te aflijas.... á Dios gracias, aun me queda fuerza y energia.

—¡Oh! ¡Padre mio! ¡Nada de escenas violentas!

—Violencia no, pero si firmeza... Tengo por mí el derecho y la razon... Defiendo la causa de mi hija.... Estoy tranquilo... Pero antes de todo es preciso salir de esta casa; felizmente, he vivido bastante económicamente con lo que me obligaste á aceptar, para haber ahorrado una pequeña suma; unida al producto de nuestro modesto ajuar, asegurará mi entrada á Sainte Periñe.

—¡Oh! padre mio... jamás... jamás...

—Berta, hija mia... ya sabes mi modo de pensar con respecto á esos asilos debidos y abiertos al honrado infortunio; y por otra parte, veamos: ¿crees tú que en nuestra posicion pueda yo aceptar la menor cosa de tu marido?

—¡Oh! no sin duda... despues de tan duros y humillantes reproches.

—¡Y bien! ¿entonces qué hacer?... ¿cómo vivir?

—¡Escucha, padre mio!... Despues de la escena dolorosa que tuvo lugar aquí hace algunos dias, cuando mi marido osó echarte en cara los socorros que te concedió,

he reflexionado sobre nuestra posicion, y he hallado, creo, el medio de mejorarla...; si quieres secundarme...

—Habla... habla...

—¡Ay! Yo soy tan pobre como tu, pero gracias á Dios, me queda el talento que me has dado... En otro tiempo nos ayudó á vivir. . Despues de mi matrimonio ha sido mi consuelo durante mis largas horas de penas... En el dia será nuestro recurso.

—Cara hija... ¿qué quieres decir?

—Cárlos me deja libre de consagraros la mañana del jueves y del domingo... Quién me impide el tener aqui esos dias, como en otro tiempo, algunas alumnas, en el cuarto que me habeis conservado? Rogaré á algunas de mis antiguas educandas que me busquen lecciones... y para que el amor propio de mi marido no sufra en nada, daré estas lecciones si es necesario bajo mi nombre de soltera. De esta suerte, padre mio, nada te faltará y...

Pedro Raimond interrumpió á Berta tomándola en sus brazos con ternura.

—¡Pobre hija querida!... No... no sufriré que aumentes tus penas con las ocupa-

ciones del estudio y del trabajo.

—¡Oh! será por el contrario mi mas dulce consuelo.... Vamos... ¿me rehusais la sola felicidad acaso de que pueda gozar?

—No, no, hija adorada... Esta resolucion es noble y grande; aceptarla es apreciarla en su justo valor.

—Consientes... esclamó Berta con indecible gozo...

—Sí, consiento, esta nueva prueba de la elevacion de tu alma me impone mas que nunca el deber de exigir que tu marido te trate con las consideraciones y el respeto que mereces, y tan cierto como me llamo Pedro Raimond..., no solo lo exigiré sino que lo obtendré.

XXIV.

Descubrimiento.

La señora de Hansfeld, continuando en escribir á Mr. de Morville bajo un nombre supuesto, habia recibido varias respuestas. Una mañana (algunos dias despues que el príncipe de Hansfeld hubo salvado la vida al padre de Berta de Brevannes) Iris, volviendo del correo trajo una carta á su señora.

El corazon de la princesa palpitaba de gozo al reconocer la letra de Mr. de Morville.

Esta carta contenia lo siguiente:

«Esta es la quinta vez que escribo á mi misteriosa amiga. Sus consolaciones me son

tan dulces y preciosas, me ayudan de tal modo á soportar la tristeza en que me sumerge un amor desgraciado, que jamás podré, como quisiera, mostrarle mi reconocimiento por su tierno interés. Encuentro un singular encanto en las confidencias á la vez tan vagas y tan precisas, hechas á una desconocida que aprecia el estado de mi corazon con una delicadeza infinita. . He quedado absorto de lo que me decis sobre «la felicidad de amor, aun sin esperanza, asi como se ama á Dios por Dios» y de hallar «en la sola devocion al objeto amado una pura é inefable dicha,» Vuestras ideas sobre este particular son en un todo tan conformes á las mias... aun en los mas imperceptibles detalles, que á fuerza de admirarme, me ha ocurrido una idea absurda; descabellada, loca... Esta idea, es que... Pero no... ni aun me atrevo á escribirla... al menos antes de haberos confesado otra de mis creencias.

«Estoy firmemente persuadido que dos personas que se aman apasionadamente, deben tener sobre el amor ciertas ideas en un todo idénticas... Asi que en consecuen-

cia de todos mis locos pensamientos, soy basante loco para concluir... que podriais bien ser la muger que yo amo... sin esperanza, y que en el baile de la Opera me dijo estas palabras: Faut y Child, Horold... una noches que no olvidaré en mi vida.

Al leer estas líneas, la princesa de Hansfeld se estremeció, y se sonrojó de sorpresa, de dicha y de confusion, y continuó leyendo, no sin violentos latidos de corazon.

«Perdonad esta insensata esperanza... Si me equivoco, estas palabras serán incomprensibles para vos y así me respondereis que me he equivocado, y nuestra correspondencia continuará como hasta aqui.

«Por qué presentimiento, por qué instinto he llegado á creer que estas cartas me venian de vos? lo ignoro... Sin duda la presuncion de ser amado se revela en todos y por todo, aun á pesar del misterio que parece mas impenetrable. Si se distingue entre mil voces una voz querida... ¿por qué no se reconoceria del mismo modo el espiritu, el pensamiento de la muger adorada? Si

no me he engañado, este fenómeno, se esplicará mas aun por la sinceridad que por la sagacidad de mi amor. Entonces, os lo suplico, no me rehuseis el único consuelo que me queda..., iba iba á decir que nos queda.

«Pensad sobre todo la felicidad que podemos aun esperar de esta correspondencia... Y en fin, que mútua confianza absoluta, ciega, debe darnos mi estraño descubrimiento! ¿No probará tanto en favor de vuestro amor como del mio? No me habeis escrito una palabra que pudiera revelaros y sin embargo os he roconocido... ¡Oh! por favor respondedme! Si, podemos aun ser felices á pesar de la barrera invencible que nos separa.

«Creyendo no ser amado de vos, os huia obstinadamente por temor de aumentar las penas de un amor tan desgraciado ya. Pero si me amais, ¿por qué me rehusais la felicidad de encontraros á menudo.... permaneciendo siempre á los ojos del mundo, estraños el uno para el otro? He jurado... no el no amaros, eso me hubiera sido imposible; mas he jurado el no

atentar jamás á la santidad de vuestros deberes y no presentarme nunca en vuestra casa. Quedando yo fiel como debo, á mi juramento, ¿cuál seria nuestro crímen? ¿qué tendriamos que temer? ¿No os hallais ligada por vuestro amor como yo por mi palabra... palabra que no me será devuelta hasta el dia «en que pueda aspirar á vuestra mano?

«¿Mas para qué entrar en semejantes detalles, si mi corazon me engaña, si vos no sois «vos?» Aun una palabra... si he adivinado, os lo juro por mi honor, nadie me ha dicho nada que pudiera hacerme suponer quién me escribia. Este descubrimiento es uno de esos milagros que solo parecen imposibles á los impios y á los ateos.

«L. de M.»

Deslumbrada, por decirlo así, quedó Paula á la lectura de esta carta. Esta prueba evidente de la adivinacion en el amor, la confundia y la encantaba á la vez. ¿No era preciso amar inmensamente para lle-

gar á tal punto de penetracion?

La señora de Hansfeld creia, y con razon, á monsieur de Morviile incapaz de mentir. Asi que, se abandonaba con toda seguridad á los encantos de aquella carta que leyó repetidas veces con adoracion.

Involuntariamente la señora de Hansfeld sintió una especie de calofrio al llegar á aquel paraje en que Mr de Morville decia que no le seria vuelta su palabra «hasta que fuera viuda.»

Por la primera vez de su vida, la señora de Hansfeld tuvo un pensamiento que la horrorizó y que se reprochó como un crímen. . . . . .

. . . . . .

Buscó, por decirlo así, un refugio en los nobles sentimientos que debia inspirarle el amor de Morville, como él vió un porvenir de felicidad en este cariño puro é ignorado. Escaparia al menos á la malignidad del mundo, y conservaria oculto en la sombra toda su delicadeza, toda su flor, todo su perfume.

Escribir á menudo á Mr. de Morville,

verlo algunas veces, saber que era amada de él; repetirle sin cesar que le amaba... no tener que sonrojarse jamás de este cariño tan apasionadamente correspondido: ¡qué brillantes esperanzas!

Un ligero golpecito que oyó á la puerta, llamó la atencion de la señora de Hansfeld: guardó la carta de Mr. de Morville en un mueble seccreto, y dijo:

—Entrad.

La puerta se abrió y el principe entró en la habitacion de su muger.

XXV.

Dolores

La fisonomía del príncipe era fria y altanera. Dificilmente se habria creido que sus facciones finas, melancólicas y de una

«

delicadeza toda infantil, pudieran tomar aquella espresion de dureza glacial.

La princesa miró á su marido con tanta sorpresa como inquietud. Jamás habia visto semejante semblante. Arnold estaba pálido y vestido de negro.

Queriendo disimular su embarazo Paula le dijo:

—¿Tienes intencion de salir esta noche... Arnold?

—No señora, os ruego que me concedais algunos momentos.

—Os escucho.

—He decidido que abandonemos esta casa...

—Como gusteis... únicamente despues de los gastos tan recientes que habeis hecho....

—Es asunto mio.

—Ya no me queda que hacer la menor objecion. Aun os aseguro que me alegro de salir de este barrio desierto, donde quisisteis absolutamente habitar.

—Soy tan raro, tan original... Pero ved aquí lo que os parecerá aun mas raro, mas original: le abandonaremos pasado mañana.

—¿Y á dónde iremos á vivir, caballero?

—Vos partireis para Alemania.

—Decis, caballero...?

—Que vos partireis para Alemania.

—¿Es sin duda una chanza?

—No acostumbro á dar chanzas.

—En ese caso, caballero ¿puedo saber por qué motivos dejais tan bruscamente á Paris en medio del invierno?

—Yo no dejo á Paris... señora... pero vos dejareis á Paris pasado mañana.... Dentro de un mes nos reuniremos en Alemania... Asi lo he resuelto y asi será.

La señora de Hansfeld miraba á su marido con estupor. Muchas veces se habia mostrado colérico, violento. Pero en medio de sus arrebatos, cuya causa buscaba en vano Paula: tenia accesos de ternura, gritos de desesperacion de que se mostraba tan lastimada como ofendida. Jamás el príncipe le habia hablado con aquel tono frio, duro y concluyente. Ella respondió con una especie de temor causado por la sorpresa.

—Espero, caballero, que no persistireis en este proyecto de viage cuando os diga

que me seria en estremo desagradable el dejar en este momento á Paris.

—Os engañais, señora... partireis...

—Caballero...

—Señora, pasado mañana partireis.

—No partiré.

—¿De veras?

—Por otra parte, bien loca soy de tomar por lo serio lo que me decis. Algunas veces vuestras ideas son tan raras, vuestras voluntades tan efímeras, que seria una niñada de mi parte el inquietarme por este nuevo capricho.

—Poco me importa señora, que os inquieteis ó no, con tal que prevenida obedezcais.

—Obedecer...! La espresion es un poco dura... caballero.

—Es justa.

—¿Conque, caballero... es una órden?

—Una órden.

—Si yo fuera capaz de someterme á ella, confesad al menos, que seria muy tiránica...

—Seré muy indulgente.

—¡Indulgente!... ¿Qué teneis que re-

procharme, caballero? ¿No soy yo quien he sido mil veces indulgente sufriendo vuestros arrebatos y ocultándolos cuidadosamente al mundo? ¿No me habeis repetido mil veces, que aunque viviéramos bajo el mismo techo, era libre en mis acciones? Verdad es que algunos momentos despues veniais lloroso á retractar vuestras palabras. Aun una vez, caballero, hago mal en responderos; sin duda soy en este instante, como vos, juguete de alguna aberracion de vuestro espíritu.

—Estoy loco, ¿no es verdad, como mis estravagancias parecen demostrarlo? ¡Oh! no ha consistido en vos, que esas apariencias de que erais la sola causa, y que afectaba por compasion par vos, (no mereceis que os esplique el sentido de estas palabras); no ha consistido en vos, digo, que estas apariencias se convirtiesen en realidades... Mas os creia al menos instruida por estas alternativas de pasion y de horror...

—¡De horror! esclamó la princesa.

—De horror, replicó friamente el príncipe: creia que hubiérais comprendido la

enormidad de vuestros crimenes, y la obstinacion de mi pasion que les sobrevivia... ¡Pero no!... ni aun eso... Felizmente para mi á estas horas, la pasion ha muerto: vuestro último golpe la ha asesinado... Mas el horror sobrevino... El horror, ¿me ois?

—Os oigo, Dios mio! Pero no os comprendo.

—Mas, os he amado, llevais mi nombre... y este abominable secreto quedará sepultado entre los dos. Asi, pues, partid... en nombre del cielo partid... y de rodillas dadme gracias de ser tan indulgente.

La señora de Hansfeld miraba á su marido con terror; no tenia que echarse en cara mas que el amor de Mr. de Mrville, y este amor no merecia los terribles cargos con que la abrumaba el príncipe. Este sin embargo parecia en pleno juicio, y nada habia de exagerado en su mirada, de alterado en su acento. Queriendo saber si hacia alusion al amor que sentia por Mr. de Morville, amor que por un inesplicable evento el príncipe hubiera acaso penetrado, le dijo:

—Cuando os casásteis conmigo, caba-

llero, os lo dije lealmente... mi corazon no era libre... he amado... apasionadamente he amado... Lo que os dije entonces os lo repito ahora... Yo no os tengo amor .. Mas ante Dios que me oye, jamás os he sido infiel ..

—¡Serme infiel! esclamó el príncipe. Seria una accion loable, comparada con los crímenes que habeis cometido.

—¡Yo!... esclamó Paula juntando las manos con fuerza; es una calumnia tan infame como absurda...

—¡Cómo!... Osariais negar que ayer noche... ¡Oh! jamás, esclamó el príncipe estremeciéndose, jamás cabeza humana concibió tan infernal maquinacion. Me estremezco de terror tanto como de sorpresa... ¡Y no estais de rodillas... delante de mí con las manos suplicantes.. y estais ahí fria y despreciadora... ¡Ignorais, señora que hay jueces y un cadalso!

Paula esta vez tembló.

Hasta entonces solo habia tenido que sufrir las rarezas del príncipe en sus accesos de cólera, ó mas bien de desesperado dolor. Le habia hecho vanos reproches,

cuasi siempre suspendidos por sus reticencias; pero jamás habia formulado contra ella una acusacion tan precisa tan terribles

La princesa creyó sinceramente que la razon de Arnold estaba alterada. Este tomó el silencio de la princesa por una confesion tácita, y le dijo con voz mas calmada, pero con una indignacion profunda y concentrada.

—Bien veis, señora, que es preciso partir; no en consideracion á vos, sino en consideracion á mi nombre. Quiero que se crea que os he acompañado. Paso por loco, añadió el príncipe con amarga sonrisa. Nadie se admirará de mi repentina marcha. Yo quedaré aquí bajo un nombre supuesto. Escepto la señora de Lormoy y uno de sus amigos, nadie me conoce. Esta fábula será fácilmente admitida... Por otra parte, me dejaré ver muy poco, y dentro de un mes ó dos antes acaso, iré á juntarme con vos en Bohemia, á donde ireis bajo la custodia de Frank que tiene mis órdenes. Entonces os diré mis voluntades; sino, os las escribiré. Esta noche ireis á la Opera. Se esparcirá el rumor de mi repentino viage. Será una

locura añadida á tantas locuras. Podeis atribuirlo á la aberracion de mi carácter... lo creerán sin dificultad. Partireis en carruage cerrado. Todos mis criados os seguirán. Todo el mundo deberá creer que os acompaño. Aun una palabra. El desprecio y la exageracion que me inspirais son tales, que tengo empeño en persuadiros que si no dibulgo aqui todos vuestros crímines no es por clemencia, sino por respeto á mi nombre. Mas no lo dudeis, á la menor resistencia en obedecerme, aqui, ó do quiera, venceré esta repugnancia, y os entregaré á la venganza divina y humana.

Y el principe salió.

La señora de Hansfeld lo habia escuchado sin interrumpirle, diciéndose que era siempre preciso guardarse de contrariar á los locos.

Iris entró con aire consternado.

—¡Ah! ¡Madrina, què desgracia! esclamó.

—¿Qué tienes?

—Siguiendo vuestras órdenes, he ido á la tercer cita que me ha dado Cárlos de Brevannes.

—¡Y bien!

—Le he dicho que no queriais consentir en verlo.

—¡Y qué mas!

—Ha esclamado con los ojos resplandecientes de furor: «Di á tu ama, que estoy aquí... que si no me da una cita muy pronto, á la que tú asistirás,... (consiento en ello),.. esta noche publico por todas partes la historia de Rafael Monti... Tu ama me comprenderá.»

—¿Eso ha dicho? ¿Eso ha dicho?

—Y ha añadido: «Tu señora sabe que puedo perderla, y que la perderé.»

—¡Desgraciada! ¡Desgraciada de mí! Y Mr. de Morville, ¿qué pensará de mí? Creerá estas calumnias... ¡El pobre Rafael lo creyò tambien!

—Le indicareis una cita en un sitio retirado... El Luxemburgo, el jardin Botánico. Ireis conmigo; él os esperará. Si no... hablará... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ese malvado hombre es capaz de todo.

Despues de algunos momentos de silencio, Paula dijo á Iris con voz firme:

—Dame papel .. una pluma...

—¿Qué vais á hacer?

—A dar una cita á Mr. de Brevannes, á la que tú asistirás?

—¿Pensais en ello, madrina? ¿Escribir... dejar una carta entre las manos de ese hombre? ¡Qué imprudencia! Mas ¿conoce él vuestra letra?

—No...

—Teneis razon, escribid...

—«Pasado mañana á las 10 en el jardin botánico... bajo el cedro del laberinto...»

—Has escrito?

—Si, madrina.

—Firma, «Paula Monti.»

—Y si quiere abusar de este billete, dijo Iris despues de haber firmado, será presa de su propia infamia...

—¿Cuándo le entregarás esta carta?

—Al instante. Espera vuestra respuesta en la puerta falsa del jardin.

—Vé corriendo y vuelve.

—Y tendré que deciros muchas cosas que acabo de saber.

—¿Qué es?

—De ocho dias á esta parte... el prin-

cipe ha ido cuatro veces á casa de un naciano llamado Pedro Raimond...

—¿Y qué importa?

—Pero Pedro Raimod es el padre de Berta de Brevannes, que os parece tan bonita.

—¿Qué decis?

—Y es en casa de Pedro Raimond donde Berta ha visto dos veces al príncipe.

—El... él...

—Bajo un nombre supuesto... el de Arnold Schneider...

—Ah! Ahora lo comprendo todo, esclamó la princesa apoyando su frente en sus dos manos.

—¿Qué, madrina?

—Ya lo sabrás mas tarde... Déjame.

Iris salió.

Algunos minutos despues, engañado por las pérfidas palabras de Iris, Mr. de Brevannes, embriagado de una insensata esperanza, cubria de apasionados besos el billete que él creia haberle sido escrito por la princesa de Hansfeld.

XXVI.

El libro negro.

Proponiendo á la señera de Hansfeld el responder por ella á Mr, de Brevannes sobre la cita que debia tener lugar en el Jardin de Plantas, Iris no tan solo impedia á la princesa que cometiese un acto imprudente, sino tambien hacia á esta última, sin que lo advirtiere, cómplice de un proyecto diabólico.

Se acordará sin duda el lector de un libro negro de que Iris habló á Mr de Brevannes, y en el cual decia ella que la princesa escribia casi diariamente sus mas secretos pensamientos.

Era falso.

Jamas semejante libro existió en poder de Paula. Mas importaba al proyecto de Iris el que Mr. de Brevannes creyera esta mentira, y debia creerla, al reconocer en aquel libro la misma letra que en el billete, que la señora de Hansfeld le mandó.

Causará acaso admiracion la profunda disimulacion de Iris, y la obstinada y tenebrosa audacia de sus designios. Tambien se comprenderá dificilmente su salvage afeccion, sus furiosos celos que tornaron en feroz monomanía.

Por desgracia los hechos principales de esta historia, los rasgos culminantes del carácter de Iris, no son una ficcion.

Ha existido una jóven de pasiones ardientes, implacables, que las ha reunido, concentrado, en el ciego afecto que profesa á su bienhechora, singular afecto que participaba de la veneracion filial por su religioso rendimiento de la ternura maternal y por su familiaridad encantadora y pura, y del «amor» por sus vengativos celos.

Si, en la continuacion de esta historia se encuentra en Iris un gran poder de imagi-

nacion unido á un espíritu inventivo, astuto, sagaz, atrevido. Si algunas de sus combinaciones parecen urdidas con una perfidia y una habilidad ordinariamente raras en una jóven desu edad, lo repetiremos, la soledad, habia singularmente dosarrollado sus facultades materiales, que incesantemente tendian hácia un mismo fin. Obligarla á obrar sola á lasombra de la mas profunda disimulacion, todo medio le parecia bueno para llegar al mismo término de sus deseos: «aislar á su ama de toda afeccion,» hacer, por decirlo así, un vacio alrededor suyo, y serle tanto mas necesaria, cuanto que todos los otros afectos le faltaran.

Este ultimo voto de Iris habia sido hasta entonces frustrado.

Sin duda la señora de Hansfeld sentia por su señorita de compañia un verdadero afecta, le mostraba una confianza sin límites, era para con ella cariñosa y buena; mas este afecto no bastaba al corazon de Iris.

Esperimentaba amargos y dolorosos resentimientos de lo que llamaba una decep-

cion; mas como no podia aborrecer á su amor, su exageracion se acumulaba sobre las personas que inspiraban algun interés á la princesa.

Estas esplicaciones eran necesarias para preparar el lector á los siguientes sucesos.

En las dos conversaciones que sucedieron á su primera entrevista con Mr. de Brevannes, Iris, siguiendo las órdenes de Paula habia tratado de adivinar cuales eran las intenciones de este hombre.

Por mas infame que fuese, la calumnia que podia esparcir, era terrible para la señora de Hansfeld. Rafael habia creido su abominable mentira. ¿Cómo el mundo ó mas bien Mr. de Morville, que formaba el mundo para Paula, no la creeria?

La señora de Hansfeld no sabia qué resolver. Desde que amaba á Mr. de Morville aborrecia aun mas á Mr. de Brevannes: asi que no hallaba espresion de indignacion bastante profunda, de desprecio bastante soberano con que calificar la audacia de este último al principio de sus tentativas

para obtener una entrevista de ella por medio de Iris. Mas esta hizo prudentemente observar á su ama que la cólera de Mr. de Brevannes era peligrosa y que en lugar de exasperarle mas valia tratar de despedirle con dulzura.

Desgraciadamente, al amor violento y obstinado del marido de Berta no se plegaba á estas contemplaciones. Como se ha visto, en su última conversacion con Iris, le declaró positivameute, que hablaria, si la princesa le rehusaba por mas tiempo una entrevista.

Iris continuaba haciendo su doble papel para aumentar la confianza de Mr. de Brevannes, fingiendo no estar contenta de su señora y mostrándose sensible á las galantes lisonjas de Mr. de Brevannes.

Se dejaba entender que la señora de Hansfeld esperimentaba hácia él una especie de cólera mezclada de interés... estraño resentimiento que no podia concebir, decia, fingiendo ignorar lo que pasara en Florencia entre Mr. de Brevannes y Paula. Tal era el origen de las secretas esperanzas del marido de Berta, esperanzas nacidas

por las falsas confidencias de Iris.

Dicho esto, conduciremos al lector á la casa que poseia Mr. de Brevannes, calle de los Mártires, y que entonces ocupaba solo.

Era al otro dia de aquel en que Iris le habia dado el pretendido billete de la princesa. Al recibirlo, Mr. de Brevannes se habia atravido por la primera vez á hablar del «libro negro,» de su deseo de poseerlo por un momento.

Iris, despues de dificultades sin número, respondió que acaso seria posible al otro dia sustraer aquel libro, solo por algunas horas, pues la princesa debia ir á pasar la mañana con la señora de Lormoy, tia de Mr. de Morville.

Mr. de Brevannes suplicó á la jóven que la tragese el precioso manuscrito á la calle de los Mártires. El lo leeria en su presencia y se lo devolveria al momento con la recompensa debida á semejante servicio, recompensa que Iris prometió aceptar, por no despertar las sospechas de Mr. de Brevannes.

Este último esperaba pues á Iris en

salocinto de que ya hemos hablado.

Si no se ha olvidado el carácter de Mr. de Brevannes, su indomable terquedad, su orgullo, su encarnizamiento en conseguir lo que proponia; si se piensa en que su voluntad, su obstinacion, su vanidad se hallaban en juego por un amor profundo, exaltado, contra el cual luchaba hacia dos años, se podrá concebir con qué apasionada violencia deseaba ser amado de la señora de Hansfeld, aquella muger tan seductora, tan envidiada, tan respetada.

Eran las doce del dia, Mr. de Brevannes esperaba á Iris con estrema impaciencia, en su casa de la calle de los Mártires.

Mad. Grassot, guardiana de la misteriosa morada, ocupaba la habitacion superior. Iris llegó. Mr. de Brevannes corrió á su encuentro.

La jóven parecia temblorosa y asustada. Mr. de Brevannes la tranquilizó y la hizo entrar en el salon. Tenia en la mano un pequeño album de tafilete negro con cerradura de plata. Estremeciéndose de gozo y de impaciencia, á la vista del libro, Mr. de

Brevannes tomó sobre la chimenea una sortija, adornada de un brillante bastante grueso, y lo puso en un dedo de Iris, á pesar de su débil resistencia.

—Por favor, amable Iris, le dijo, recibid esta débil prenda de reconocimiento. Vuestra linda mano, á la verdad, no necesita adornos. Mas es un recuerdo que os suplico lleveis... Me prometisteis aceptarlo.

—Sin duda... Mas no sé si debo... este diamante...

—¡Qué importa el diamante!. . únicamente se trata de la sortija.

—Solo acepto la sortija, dijo Iris con una sonrisa de hipócrita tristeza, puesto que mi condicion me espone á ciertas recompensas.

—Si he escogido este diamante, replicó Mr. de Brevannes, es porque ofrece el emblema de la pureza y duracion de mi reconocimiento.

Y alargó la mano hácia el libro negro.

—No, no, dijo Iris pareciendo aun combatida por el deber. Esto es horrible... Yo me condeno por vos.

—Pero ¿qué mal haceis? Es á lo mas una indiscrecion... mi cara Iris. Puesto que vuestra señora es á menudo injusta para con vos, es de vuestra parte una pequeña venganza permitida... é inocente.

—Oh! Soy inescusable, lo siento... Y luego, una vez que hayais leido este libro, olvidareis á la pobre Iris... Ya no tendreis necesidad de ella... Mas ¿de qué he de quejarme? ¿No habeis pagado mi traicion? añadió con amargura.

—Esta muchacha está loca por mí, pensó monsiur de Brevannes. Cómo diablos desembarazarme de ella? Es que ahora que tiene mi sortija no querrá darme el libro.

Y añadió en alta voz:

—Os equivocais, Iris; en primer lugar, que nunca creeré haberos suficientemente recompensado, y en cuanto á olvidaros... no lo temais..; quisiera poderlo para mi reposo... Precisa es toda la gravedad de las cosas de que tengo que hablar á vuestra señora para distraerme un poco de mi amor por vos..., Iris, pues os amo... Mas no bablemos de esto ahora. Graves intere-

ses se hallan en juego... ¿Cómo se encuentra vuestra señora?

—Pensativa y triste, desde que os acordó la entrevista que le pedísteis tan imperiosamente,

—Ella me obligó á ello... Me eran tan sensibles los desprecios, que me olvidé hasta hacerle una amenaza de que ya no me arrepiento, pues he obtenido lo que deseaba, tanto en su interés como en el mio... ¿Mas está pensativa y triste, habeis dicho?

—Sí... algunas veces permanece como anonadada... Luego, de improviso, se levanta impetuosamente y se pasea con agitacion.

—¿Y á qué atribuis esas agitaciones?

—Yo no sé....

—Ese libro que dudais en darme y que ya no me atrevo á pediros, nos lo diria.

—¡Oh! yo no deseo saber los secretos de la princesa.., y ùnicamente por seros agradable, por obedeceros, he sustraido ese libro... La llave está en la cerradura, yo no lo he abierto.

—¡Y bien! abrámosle... ahora. Eso que llamais la mala accion, está cometida; ya no se trata mas que de prestarme un grande servicio; ¿dudais aun? Sè que no tengo mas títulos á esta bondad de vuestra parte que..

—Tomad, tomad, leed pronto, dijo Iris volviendo la cara á otro lado, y dando el Album á Mr. de Brevannes. Lo que estoy haciendo es infame; mas no puedo resistir á la influencia que teneis sobre mí.

—Influencia de una voluntad firme, pensó Mr. de Brevannes, abriendo precipitadamente el libro negro, donde leyó lo siguiente: mientras que Iris, apoyada contra la chimenea, pareciendo no ver á Mr. de Brevannes, lo observaba atentamente en el espejo.

XXVII.

Pensamientos sueltos.

Luis habia escrito los pasages siguientes, con mano en apariencia conmovida y poco segura, como si las ideas se hubiesen agolpado confusas y desordenadas en la cabeza de la princesa.

«Acabo de verlo en la comedia francesa. Todos mis dolores, todos mis recuerdos se ha despertado á su aspecto.

«Deberá ese hombre perseguirme por todas partes. Jamas he esperimentado mas violenta conmocion: verme obligada á ocultarlo todo á las miradas penetrantes del mundo, á las miradas indiferentes de mi marido.. Han sido el ódio, la indignacion,

la cólera las que asi me trastornaron.

«Si.. ¿no es ódio, indignacion, cólera, lo que debo abrigar contra el hombre que mató al desposado á quien estaba prometida, y á quien amaba desde mi infancia? ¿No debo exagerar al que me ha deshonrado con una infame calumnia?.. Oh!.. sí.. le ódio... y sin embargo...»

Aquí se hallaban algunas palabras absolutamente indescifrables que terminaban este primer párrafo y daban á Mr. de Bre-vannes ocasion para una infinidad de con-geturas.

Estas palabras, «y sin embargo,» le parecian sobre todo una retiscencia de feliz agüero... Continuó asi:

«Estaba tan asustada de mi último pensamiento, que no me atreví á continuar... ni á confiar al papel... ay! mi único confidente, lo que causaba mi espanto...

«Debiera decir mi vergüenza.. qué abismo es nuestra alma!.. qué contrates!.. Oh! no, no, yo aborresco à ese hombre... Hay algo de infernal en la persistencia con que ha perseguido sus designios.. Y si lo que siento por él difiere del ódio, es que un

vago terror se une á este odio, Sí, eso es sin duda.. y luego se une ademas á mi aversion una especie de sentimiento al ver una voluntad tan firme, una obstinacion tan grande, empleada en hacer mal, en dañar, en calumniar!

«Dedicándose á nobles designios, ¡qué admirables resultados hubiera obtenido!

«Si, me horrorizo al pensar en la habilidad con que consiguió introducirse en nuestra casa y hacerse indispensable á nuestros intereses. Con qué impenetrable disimulo me ocultó su amor... de que solo una vez me ha hablado...! ¡con qué indignacion le acogí..!

«No debia yo creer que los obsequios que prodigaba á mi tia eran sèrios. Me engañè? Quise engañarme sobre este particular,..

«La abominable calumnia de que fuí víctima, me ha instruido de la verdad. Pobre tia! Cuántas penas me ha causado sin saberlo!

«Solo ha faltado á ese hombre el colocar mejor su amor, su apasionado rendimiento...Sin duda hubiera valerosamente

amado á una muger libre en su corazon... Mas, por qué me ha amado á mí? ¿No era yo la desposada de Rafael? ¿No me habia oido muchas veces hablar de nuestro próximo enlace?... Y despues de su primera y última declaracion, ha recurrido á la mas infame calumnia para deshonrar á aquella á quien una sola vez hablaria de amor.

«Me parece que me siento aliviada esplayando asi pensamientos que me son tan dolorosos... Sí, esto me ayuda á leer en mi corazon...

«¡Ay! ¡Era ya tan desgraciada! ¿Necesitaba yo este crecimiento de dolor?... ¡Oh!.. maldito seais, vos que me habeis conducido á una union sin amor...., matando á mi desposado... á quien amaba tiernamente.

«Sí, le amaba con un amor de infancia que con los años se trocó en un sentimiento mas vivo que la amistad, pero menos fogoso que el amor...

«Qué vida es la mia ahora? Horrible... horrible... con todas las apariencias de la felicidad..., si la riqueza es la felicidad... Para siempre encadenada á un hombre que bien á menudo ¡ay! me hace llorar la muer-

te de Rafael.

«¡Pobre Rafael! ¡Morir tan jóven! ¡Ay! Provocando à Mr. de Brevannes, cedió á un acceso de justa y valiente desesperacion. . Y sin embargo, su asesino invocó por su parte, no sin razon, el derecho de legítima defensa.

«Rafael al menos no sufre ya, y yo sufro cada dia; cada instante de mi vida es un suplicio. ¿Qué haré?

«Resignarme.

«Para salir de mi dolorosa apatía, ha sido preciso volver á ver á este hombre, causa de todas mis penas.

«¡Cosa estraña! Me habia formado una idea muy contraria de lo que debia yo sentir á su aspecto. Sí, lo confieso con horror (¿quién sabrá jamás esta confesion?) mi rencor, mi execracion no me parecen á la altura de sus crímenes.

«En vano maldigo mi debilidad... en vano me digo que este hombre me ha calumniado de un modo infame... En vano me repito que ha asesinado á Rafael, que es cuasi el autor de los males que sufro...; que en este momento puede perderme. . A

pesar mio, tengo la cobardía de pensar que es el amor que yo le he injuriado el que le ha sumergido en este abismo de horribles acciones... ¿Me atreveré a decirlo, sin morir de humillacion? Algunas veces me siento capaz de escusarle ¡Oh! Perdon, sombra querida..; perdon, Rafael.»

Mr. de Brevannes sentia su corazon latir con violencia. Su desenfrenado orgullo, la ceguedad de su pasion, servian á Iris mas allá de sus esperanzas.

No hay cosa mas vulgar ni mas verdadera que este adagio: «siempre se cree lo que se desea.»

En aquellas páginas que él suponia escritas por la señora de Hansfeld, Mr. de Brevannes veia la prueba de una pasion que participaba á la vez del odio y del amor del terror y de la admiracion.

Admiracion apenas confesada, á la verdad, pero que, segun la vanidad de Mr. de Brevannes, no era mas que un amor ignorado ó combatido.

Una circunstancia bastante estraña, hábilmente esplotada por Iris, contribuia á aumentar el error de Mr. de Brevannes

Solo una vez habia hablado de su amor á Paula, y por los fragmentos que acabamos de citar, podia creer que esta no habia correspondido á su pasion por celos de los obsequios aparentes que prodigaba á su tia; en fin, podia tambien creer su infame calumnia, si no olvidada, al menos casi escusada por estas pretendidas palabras de la princesa.

«Es el amor que le he inspirado, el que le ha sumergido en este abismo de horribles acciones. Me siento algunas veces capaz de escusarle».

En cuanto á la muerte de Rafael qué Paula amaba con un «sentimiento mas vivo que la amistad, menos ardoroso que el amor,» esta muerte, casi justificada por la agresion de aquel infortunado, era á la verdad una de las causas que mas vivamente combatian la irresistible inclinacion de la señora de Hansfeld por Mr. de Brevannes.

Sin la autoridad del «libro negro,» hubiese sido preciso una completa ceguedad para esplicar asi la conducta de la princesa. Mas Mr. de Brevannes, creyendo leer

un escrito trasado por ella, tenia demasiado orgullo para no aceptar esta interpretacion por otra parte tan natural.

¿Por qué Mr. de Brevannes habia de haber desconfiado de Iris? ¿Por qué creerla capaz de tan estraña supercheria? En cuanto á la princesa, ¿con qué objeto habria de haber escrito aquellas páginas que nadie debia leer?

Suponiendo que de acuerdo con Iris la hubiese autorizado, á esta comunicacion, á fin de persuadir á Mr. de Brevannes que sus malas acciones estaban bordadas por el amor, semejente designio debia lisongearle.

Despues de estas reflexiones, Mr. de Brevannes continuó la lectura del libro negro con un interes y una esperanza siempre creciente.

«Pero ¿qué me quiere ese hombre? Ha conseguido tener una entrevista con Iris, pobre criatura simple é ingénua. Se ha propuesto encargarse de una carta para mí, ella se ha reusado. ¿Qué puede quererme?.. ¡Cuánta es su audacia! ¿Cómo soportará mi mirada?

«Este hombre es loco... ¿Qué tiene que decirme? ¿Pensará acaso escusar su conducta! Mas yo. .

«Ayer no pude continuar; fui interrumpida por la llegada de mi marido.

»¡Dios mio! El príncipe ha debido estudiar toda su vida los efectos del dolor para descargar mas seguros golpes. Es un mónstruo... y lleva la ciencia de atormentar hasta estremos inauditos... ¡Oh! ahora comprendo por qué no aborrezco bastante á Mr. de Brevannes... Todo mi ódio se ha desgastado contra mi verdugo.

«Y estar por toda la vida... por toda la vida encadenada á un hombre!... ¡No poder romper tan odiosos lazos... mas que por la muerte!...

«¡Oh! que me hiera; pues... que me hiera pronto... Pues que uno de los dos debe morir para romper tan horrible union, que sea yo.. mas bien que mi marido.»

Mr. de Brevannes se estremeció al leer estas palabras, y esclamó dirigiéndose á Iris:

—¿Tan desgraciada es la princesa?

—Tan desgraciada, respondió sordamente Iris.

—¿Tan sin piedad se muestra su marido para con ella?

—Tan sin piedad...

Mr. de Brevannes continuó leyendo:

«Si, si, la muerte... no soy digna de la vida... He sido infiel á la memoria de Rafael.., no merezco ninguna conmiseracion.

Si mi marido es un mónstruo de crueldad ¿cómo debo calificarme á mí misma que no puedo desbechar de mi pensamiento al hombre que ha causado todos mis males, matando al que debia ser mi esposo?...

«¡Oh! vergüenza y horror tengo de mi misma... Precio es que escriba tan horribles cosas... que las vea ahí... materialmente... bajo mis ojos... para que las crea posibles...

«¡Llegar, Dios mio! hasta ese último grado de envilecimiento!

«¿Y es culpa mia? El dolor deprava tanto. . Sí... deprava... hace criminal... Algunas veces quebrantada por la desesperacion, esclamo: Puesto que estaba en

»

el destino de Mr. de Brevannes el ser asesino... ¿por qué la suerte, en lugar de abandonar á Rafael á sus golpes, no abandonó á su verdugo?

El libro negro terminaba aquí.

Iris quiso sin duda dejar á Mr. de Brevannes, reflexionar con maduréz sobre aquel voto homicida.

Mr. de Brevannes esclamo vivamente cerrando el libro.

—Irís, ¡no habeis leido nada de lo que hay aquí escrito?

La jóven, pareciendo no haber oido estas palabras, miraba fijamente á Mr. de Brevannes.

—Iris, añadió, ¿nada habeis leido de estas páginas?

—Nada... nada, dijo ella saliendo de su meditacion. ¿Qué me importa ese libro?

—No piensa mas que en mí, pensó él su indiscrecion no es de temer.

Volvió á cerrar el libro, le dió á Iris y le dijo:

—Sin saberlo, habeis prestado el mayor servicio á vuestra ama.

—¿Vos la amais? le preguntó bruscamen-

te Iris, fijando en él su penetrante mirada.

—¿Yo? dijo Mr. de Brevannes, con el tono mas indiferente del mundo. Singular prueba de amor es el amenazar, cruelmente á la muger amada. No, no, no tengo amor por ella... la austera amistad puede sola recurrir á medios tan estremos...

—Preciso es creeros; dijo tristemente Iris, volviendo á tomar el libro.

—Adios, Iris, hasta mañana, dijo Mr. de Brevannes, recordad á la señora de Hansfeld la entrevista que me ha prometido.

—No faltará... Pero en nombre del cielo que nada pueda hacerle sospechar que habeis leido en este libro; me perderíais para siempre.

—Tranquilizaos, cara Iris. Permaneceré tan estraño á sus mas secretos pensamientos, como ella misma... Nada traducirá el conocimiento que tengo de ellos. Prometedme únicamente el traerme aun ese libro...; seria para mí de la última importancia el consultarlo despues de la entrevista que tendré mañana con vuestra ama... ¿Me lo prometeis?

—Aun obrar mal... aun abusar de la confianza...! ¡Ah! ahora ya no tengo derecho de quejarme de su injusticia.

—Iris os lo suplico...

—Vos me lo pedis; ¿no es eso para mi mas que una orden?

En un transporte de reconocimiento Mr. de Brevannes tomó la mano de Iris, y atrayendola á asi, quiso besarla en la frente. La jóven le rechazó con violencia y altivez con gran sorpresa de Mr. de Brevannes, que creia colmar los votos de Iris, mostrándose «tan buen señor.»

Al llegar al pretil, Iris tiró al rio la sortija que recibió por precio de su traicion.

Despues de haber leido con atencion el libro negro, Mr. de Brevannes cayó en una profunda meditacion. Ya no dudaba de ello, era amado, mas la señora de Hansfeld combatia con todas sus fuerzas esta inclinacion involuntaria.

Su marido la hacia tan horriblemente desgraciada, que llegaba algunas veces hasta desear su muerte.

Aunque el voto de la princesa le pareciera tocar á la exageracion, Mr. de Bre-

vannes miraba todas estas circunstancias como favorables para él y esperaba con ansia el momento de la cita que la señora de Hansfeld le diera para el otro dia, en el ardin de Plantas.

XXVIII.

Arnold y Berta.

La señora de Brevannes habia encontrado varias veces á Mr. de Hansfeld en casa de Pedro Raimond, bajo el nombre de Arnold Schneider. Habia salvado la vida al anciano grabador; ¿qué cosa mas natural que su visita á este último?

Berta, habiendo resuelto volver á dar

lecciones de piano para subvenir á las necesidades de su padre, venia tres veces á la semana y se estaba hasta las tres de la tarde para dar en su presencia sus lecciones de música.

No se habrá echado en olvido que Berta habia hecho sobre Mr. de Hansfeld una impresion profunda la primera vez que la vió en la comedia francesa. Cuando volvió á encontrarla en casa de Pedro Raimond, á quien acababa de arrancar á una muerte casi cierta, vivamente admirado de la circunstancia que le condujera á estrechar sus relaciones con Berta, Arnold vió en ella una especie de fatalidad que aumentó su amor.

El encanto que se hallaba en las delicadas maneras de Mr. de Hansfeld, su amable talento, su complacencia respetuosa, cuasi filial, por Pedro Raimond, cambiaron bien pronto en un afecto sincero el reconocimiento que en un principio esperimentara el anciano por su libertador.

Arnold era sencillo y bueno, hablaba con un gusto y un saber infinito de los grandes pintores, objeto de la admiracion apa-

sionada del grabador. que habia empleado una parte de su vida en reproducir en el cobre la mas bellas obras de Rafael, de Vinci y del Ticiano. Habia enseñado á Arnold los trabajos de su juventud y de su edad madura. Arnold los habia juzgado como buen apreciador y hábil artista.

Sus alabanzas no eran las del complaciente adulador; moderadas, justas, ilustradas. eran aun mas preciosa á Pedro Raimond, que poseia la ciencia de su arte. Como los artistas serios y modestos, conocia lo bueno y lo malo de sus obras, y no era esto todo: Arnold parecia por sus opiniones políticas pertenecer al partido exaltado de la jóven Alemania, que ofrece mucha analogía con ciertos rasgos de la escuela republicana.

Gracias á sus numerosos puntos de contacto, la reciente amistad de Pedro Raimond y Arnold se estrechaba cada dia mas. Este último obraba de buena fe y sentia un verdadero atractivo por aquel rudo y austero anciano que conservaba en todo su ardor las admiraciones y las ideas de su juventud.

Mr. de Hansfeld era de una escesiva timidez. Las obligaciones de su rango le pesaban, en términos que para sustraerse de ellas habia afectado las mayores contrariedades Sus gestos, sin inclinaciones, le llevaban á una senda sencilla, oscura, pacíficamente ocupada de artes y de teorias sociales. Asi que, aun en la ausencia de Berta, hallaba en la pobre morada de Pedro Raimond mas placer, mas felicidad, mas contento que hasta entonces hallara en todos sus palacios.

Si hubiese querido solo disimular sus obsequios á Berta bajo mentirosas complacencias hácia el grabador, este tenia demasiado instinto de la verdad para no cerrar su puerta á Arnold.

Pedro Raimond no ignoraba que su jóven amigo hallaba á Berta encantadora y que admiraba tanto su talento de artista como el candor de su carácter y la gracia de su espíritu.

En su paternal orgullo, lejos de alarmarse, Pedro Raimond se regocijaba de esta admiracion. ¿No tenia una confianza ciega en los principios de Berta? ¿No debia la

vida á Arnold? ¿Cómo suponer que aquel jóven de corazon noble, de ideas generosas, abusaria indignamente de las relaciones que el reconocimiento estableciera entre él y el hombre á quien habia salvado? A los ojos de Pedro Raimond hubiese sido esto mas infame aun, que deshonrar á la hija de su bienhechor.

En fin, Arnold debia pertenecer al pueblo y en la exageracion de sus ideas absolutas, Pedro Raimond tenia en él una confianza que no hubiera jamás concedido al príncipe de Hansfeld.

Berta, atraida en un principio hácia Arnold por el reconocimiento, cedió poco á poco á la influencia de aquel ser bueno y encantador. Asistia frecuentemente Arnold en presencia del anciano grabador, á las lecciones de música de Berta. Era tambien escelente músico, y algunas veces le escuchaba esta, con tanto interés como placer, hablar científicamente de un arte que adoraba; contra la vida de los grandes compositores de Alemania, y esponerle, por decirlo así, lo poético de sus obras, cuyos innumerables encantos hacia resaltar.

¡Cuántas dulces horas pasadas de este modo entre Berta, Arnold y Pedro Raimond! Este no sabia la música; mas su jóven amigo le traducia, le esplicaba, por decirlo asi, el pensamiento musical de los grandes maestros, analizándolo frase por frase, y hacia para la obra de Mozart, de Beethoven, de Gluck, lo que ha hecho tan maravillosamente Hoffmann por el «D. Juan».

Berta profundamente conmovida del afecto de Arnold por Pedro Raimond, á él solo atribuia la viva simpatía que cada dia mas la unia al principe. Este era tanto mas peligroso, cuanto que era mas sincero y mas natural. Nada en su lenguaje ni en sus maneras podia advertir á la señora de Brevannes del peligro que corria.

La conducta de Arnold era una declaracion continua, y no tenia necesidad de decir una sola palabra de amor. Si por casualidad se encontraba solo con Berta, su mirada, su acento, eran los mismos que en presencia del grabador. Cuando este volvia, Arnold podia siempre concluir la frase empezada.

¿Cómo habia de desconfiar la señora de

Brevannes de estas relaciones tan puras, tan apacibles? Jamás le habia dicho Arnold: os amo. Jamás habia pensado Berta que pudiera ella amarle, y ambos se hallaban ya bajo el irresistible encanto del amor.

Lo repetimos, por una singular casualidad, estas tres personas, sinceras en sus afectos, sin desconfianza ni segunda intencion, se amaban. Arnold amaba tiernamente al anciano y á su hija. Estos le volvian vivamente este cariño. Todos tres, en fin, se hallaban tan dichosos, que por una especie de instinto conservativo de la felicidad, nunca pensaron en analizar su dicha, gozando de ella sin cuidarse del pasado ni del porvenir.

Lo único que hubiera podido instruir á Berta del sentimiento que empezaba á llenar su corazon del dia, era la especie de indiferencia con que soportaba la durezas de su marido. Esperimentaba á veces una especie de vaga admiracion por no resentirse casi de heridas poco ha tan dolorosas.

Cuando su padre, profundamente irritado contra Mr. de Brevannes, le habia sériamente, cuasi con severidad, pedido cuen-

ta de los procederes de Mr. de Brevannes, no habia mentido Berta, respondiendo que desde algun tiempo ya no la inquietaban.

El anciano tuvo tanta mas fé en las palabras de Berta, cuanto que poco á poco recobró esta su calma, su alegria habitual, y que su fisonomía, en otro tiempo tan triste, revelaba entonces la mas dulce quietud.

¿Acaso seria reprensible la ciega confianza de Pedro Raimond? Esta ciega confianza era una de las necesidades de su carácter.

Establecidos estos antecedentes, conduciremos al lector á la modesta habitacion de Pedro Raimond, al otro dia de aquel en que Mr. de Hansfeld habia dicho á su muger que debia salir de Paris dentro de tres dias.

XXIX.

Intimidad.

Un buen fuego ardia en el hogar, mientras fuera caia la nieve y soplaba enfurecidamente el viento. Pedro Raimond estaba sentado á un lado de la chimenea; Arnold al otro. Desde que el príncipe estaba enamorado, sus facciones volvian á tomar una apariencia de fuerza y de salud, aunque su rostro fuese siempre un poco pálido.

Una grave discusion se elevaba á la sazon entre Pedro Raimond y Arnold, pues para completar el encanto de su intimidad diferian de opinion en algunas cuestiones artísticas, entre otras sobre el modo de juzgar á Miguel-Angel.

Arnold, rindiendo un justo homenage al inmenso genio del viejo escultor, no sentia por sus producciones ninguna simpatía, aunque concebia la admiracion que inspiraban. El gusto delicado y puro de Arnold, sobre todo apasionada por la hermosura en el arte, se asustaba de los sombrios y terribles desvios del fogoso Buonarotti, y preferia con mucho la gracia divina de Rafael.

Pedro Raimond defendia á su digno escultor con energia, y se apasionaba tanto por la fiera independencia del carácter de Miguel-Angel, como por el gigantesco poder de su genio.

—Vuestro tierno Rafael tenia el alma de un artesano decia el anciano á Arnold, mientras que el rudo creador del Moisés y de la capilla Sixtina, tenia el alma republicana y debia amenazar como lo hizo al Papa Julio de derribarle de su ridículo catafalco, si le faltaba al respeto.

Mr. de Hansfeld no pudo contener su sonrisa al ver la exaltacion de Pedro Rimond y respondió:

—No niego la energia un tanto indómita

de Miguel-Angel. Era por degracia de un carácter lúgubre, frio, taciturno, altanero y sombrío.

—¡Por desgracia!.. ¿qué entendeis por esa palabra... «por desgracia»?

—Entiendo que era una desgracia para los sinceros admiradores de ese grande hombre, el no poder entablar con él relaciones agradables y dulces.

—Bien lo creo... ¿Lo tomais acaso por un Rafael, por un hombre atolondrado como vuestro héroe? Pues, añadió el grabador con acento desdeñoso, nadie hay en el mundo de un carácter mas fácil, mas insinuante, mas amable que vuestro Rafael.

—Reconoceis al menos sus buenas cualidades...

—¡Sus buenas cualidades!!! Y justamente á causa de esas «buenas cualidades» es insoportable, y yo lo detesto como hombre, aunque lo venero como artista.

—Y yo, mi caro señor Raimond, á causa de los defectos, del carácter diabólico de Miguel Angel, me es antipático, como hombre, aunque me inclino ante su genio.

—Vuestra admiracion no es natural; es forzada... exagerada, esclamó el grabador.

—¡Cómo! dijo Arnold, estupefacto, vos detestais á Rafael á causa de sus buenas cualidades.... yo no amo á Miguel-Angel á causa de sus defectos... ¿Y me acusais de exageracion?

—Ciertamente.. no se puede ser grande hombre, no se puede ser Miguel-Angel sino con ciertas condiciones... Yo admiro en el leon hasta sus instintos salvajes y feroces. No es leon sino á condicion de lo salvaje y feroz; no puede tener las «virtudes» de un «cordero» como vuestro Rafael.

—Pero al menos permitid que ame en Rafael esas virtude? de cordero, que son, si lo quereis, las consecuencias de su naturaleza, de su talento...

—Como gusteis: admirad, si hallais que semejante carácter merezca admiracion... En cuanto á mí, fisicamente hablando, ni aun pongo en parangon la insignificante figura del hermoso, del celeste Rafael cubierto del terciopelo y de brocado, con el

rostro varonil de mi viejo Buonarotti. Sombrío, indómito, tostado por el sol, vestido de una blusa medio cubierta por su delantal de cuero de picapedrero. ¡Ah! ¡Bah! ¿Es que estas dos naturalezas pueden compararse? !Ah! ¡ah!... ¡Qué contraste! Me parece estar viendo desde aquí... al divino Rafael.

—El divino Rafael hubiera doblado la rodilla y respetuosamente besado la poderosa mano del viejo Miguel-Angel, su maestro y su abuelo en el arte... dijo con dulzura Arnold, teniendo la mano á Pedro Raimond.

—Teneis razon contestó este, respondiendo con efusion al testimonio de cordialidad de Mr. de Hansfeld.

—Soy un viejo loco tan arrebatado como hace 20 años...

En este momento entró Berta.

Imposible fuera pintar la adorable espresion de su fisonomía al ver á su padre y Arnold dándose asi la mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

—Ven en mi ayuda, hija mia, dijo Pedro Raimond.—Estoy batido... mi barba

«

blanca se ve obligada á inclinarse ante ese bigote blondo... Permanece impasible como la razon... y yo la arrebaté como sino la tuviese...

—¿Y cuál es el objeto de tan grande discusion? dijo Berta sonriéndose y mirando alternativamente á Arnold y á su padre.

—Miguel Angel, dijo Pedro Raimond.

—Rafael, dijo Arnold.

—Cómo, Mr. Arnold ¿no podeis ceder á mi padre?

—Ya quisiera yo ver que me cediera sin discusion .. quiero que me ceda sin que me sea convencido...

—En cuanto á eso, señor Raimond .. lo dudo; las convicciones no se imponen, y Rafael...

—Pero Miguel-Angel...

—Vamos, dijo Berta, para poneros de acuerdo, voy á tocar el aria de «Fidelio» que gusta tanto á Mr. Arnold... que ha hecho que os guste tambien, padre mio.

—Confesad «don Rofael,» dijo riendo el anciano á Arnold, que mi hija tiene mas

talento que nosotros.

—Yo lo creo, señor «Miguel-Angel.» Esta señora sabe bien que cuando se la escucha no se piensa en hablar.

—¡Oh! Mr. Arnold, á mi no me engañais con vuestras lisonjas.

—Para probárselo, hija mia, empieza la obertura de «Fidelio:» ya sabes que es el aria de mi predileccion, desde que nuestro amigo me ha hecho comprender todos sus encantos.

Berta empezó á tocar esta obra con «amor.» La presencia de Arnold parecia dar mucho poder al talento de la jóven.

Al cabo de algunos momentos Mr. Hansfeld pareció completamente absorto en una profunda y dolorosa meditacion; aunque varias veces habia oido á Berta tocar aquella aria, jamás los tristes recuerdos que despertara en él, fueron mas dolorosamente escitados.

Berta, que de tiempo en tiempo buscaba la mirada de Arnold, se asustó al ver su palidez creciente, y esclamó.

—Mr. Arnold... ¿qué teneis?... ¡Dios

mio, qué pálido estais!

—Vuestra mano está helada, amigo mio, dijo Pedro Raimond que estaba sentado al lado de Mr. de Hansfeld.

—No tengo nada... nada. Respondió este: mas soy de una debilidad ridícula... y ciertas arias son para mi verdaderas luchas... y algunos motivos de «Fidelio» me recuerdan un pasado bien triste...

—No era sin embargo la primera vez que tocaba esta, dijo Berta levantándose del piano y yendo á sentarse junto á su padre.

—Sin duda... estaba entonces todo entregado al placer de oir vuestra ejecucion. Mas ahora, no sé porqué... ¡Oh! Perdon de no poder vencer mi emocion..,

Y Mr. de Hansfeld ocultó su rostro entre sus manos.

Berta y el anciano se miraron tristemente, compartiendo la pena de su amigo sin comprenderla.

Despues de algunos momentos de silencio, Arnold levantó la cabeza. Imposible fuera decir la espresion de dolorosa tristeza de que su pálido y dulce rostro se hallaba

cubierto: una lagrima vino á los ojos de Berta. Por un movimiento de encantadora ingenuidad tomó ella la mano de su padre para enjugarla.

—Vos sufris, dijo el anciano á Arnold. ¿Por qué nuestra amistad no es mas antigua? ¿Podriais acaso endulzar vuestras penas esplayando vuestro corazon...?

—Oh! Bien á menudo he pensado en ello... mas la vergüenza me ha contenido, dijo Arnold con una especie de abatimiento

—La vergüenza! esblamó Raimond con sorpresa.

—Tranquilizaos, amigo mio, dijo Arnold. Gracias á Dios, nada he hecho de que sonrojarme... tengo vergüenza de mi debilidad... tengo vergüenza de ser tan sensible á recuerdos que debieran estar tan despreciados como olvidados.

—No tengais cuidado; nosotros os comprenderemos y os compadeceremos. Mi pobre hija ha llorado mucho, tambien aqui, á propósito de recuerdos, que, como los vuestros, debieran estar tan despreciados como olvidados.

—Padre mio!

—Mirad, Arnold, dijo el grabador. S deseo vuestra confidencia es porque tambien nosotros tendriamos acaso tristes confidencias que haceros.

—¿Tambien fuisteis desgraciados: dijo Arnold.

—Bien desgraciado, respondió el anciano. Mas á Dios gracias, los dias de tempestad creo que han pasado. Me parece que nos habeis traido la dicha. No tan solo me habeis salvado la vida, sino que esta vida la habeis llenado de encantos. Si; desde mucho tiempo no habia encontrado una persona cuyo espíritu tuviese tantos puntos de contacto con el mio. No sé cual es la influencia de vuestra feliz estrella; mas desde que nos conocemos, hasta mi pobre Berta está menos triste... Sus penas domésticas parecen endulzarse... En fin, habeis sido para nosotros el feliz agüero de una vida dulce y tranquila.

—Oh! Lo que os dice mi padre es bien cierto, Mr. de Arnold, dijo Berta. Si supierais cuanto os ama, y cuando estoy sola con él en qué términos me habla de

vos!

—Es verdad, dijo el anciano. Si nos oyerais, veriais si teneis amigos mas sinceros. Berta os está tan reconocida de que me hayais salvado la vida, que despues de mí, sois lo que mas ama en este mundo.

—Oh! Si..... Pobre padre, dijo Berta abrazándole.

Mr. de Hansfeld escuchaba á Pedro Raimond con profunda atencion. Este lenguage franco y leal era tan lisongero como nuevo para él. ¿No era preciso que inspirarse una confianza bien noble á Pedro Raimond, para que este no temiese hablar asi delante de su hija?

Berta misma, lejos de mostrarse confusa y embarazada, parecia confirmar lo que decia su padre. Su frente resplandecia de candor y serenidad.

En presencia de esta noble confianza, Mr. de Hansfeld se sonrojó de su disimulacion; estuvo á punto de decir á Pedro Raimond su verdadero nombre, pero temió la indignacion que esta confesion tardía escitaria acaso en el viejo grabador, cuyas preocupaciones anti-aristocráti-

cas conocia por otra parte. Encontró pues, una especie de «mezzo término» en la media confianza que hizo á Berta y á su padre.

Despues de algunos momentos de silencio dijo á Pedro Raimond:

—Teneis razon, amigo mio... Me habeis dado el ejemplo de la confianza... Os imitaré...; acaso os inspiraré algun interés, por la semejanza de mi posicion á la de vuestra hija...pues me habeis dicho que su matrimonio no era feliz.., y de mi matrimonio tambien he reportado yo atroces pesares.

—Sois casado?.. tan jóven! dijo Raimond con admiracion.

—Hace dos años.

—¿Y vuestra mujer... dijo Berta.

—Está en Alemania. Respondió Mr. de Hansfeld, despues de un momento de vacilacion.

—¿Y algunos parages de la obertura del «Fidelio,» que tocaba Berta han sin duda renovado en vos dolorosos recuerdos?

—Ay! Sí, cuando conocí á la muger á

quien hice mi esposa, estaba yo en todo el fuego de mi primera admiracion por esta ópera de Beethoven.... Siempre he tenido la costumbre de unir mis pensamientos del momento á ciertos pasages de la mùsica que amo... pensamientos que para mí se convierten en el libreto de las arias que mas afecciono. Y bien! La ópera del «Fidelio» me recuerda así todas las frases de un amor desgraciado.

—Ah! Ahora comprendo vuestra emocion dijo con tristeza.

—Veamos, amigo dijo cordialmente Pedro Raimond. Jamás hablásteis á corazones mas simpáticos que los nuestros.

Y Mr. de Hansfeld contó como sigue la historia de su casamiento con Paula Monti; historia verdadera en todos sus puntos, salvo la la sustitucion del nombre de Arnold Schneider al de Hansfeld.

XXX.

Relacion.

Huérfano casi al nacer, dijo el príncipe, he sido educado por un antiguo servidor de mi familia. Habitábamos en un pueblecito retirado, donde viviamos en una completa soledad. El pastor de la parroquia era pintor y músico, conoció en mí algunas disposiciones para estas artes, á las cuales consagré todo mi tiempo.

Estos primeros años de mi vida fueron tranquilos y felices. Yo amaba al viejo Frantz, como á un padre. El tenia por mí los mas tiernos cuidados; únicamente me

reprochaba el huir los ejercicios violentos, y el no salir de mi gabinete de estudio mas que para dar algun raro paseo por nuestras bellas montañas. No tenia ninguno de los gustos de mi edad. Era sério, taciturno, melancólico; la mùsica me causaba enagenamientos casi estáticos, á los cuales me abandonaba con delicia... A los 18 años estudié las obras maestras de los grandes hombres en las diferentes ciudades donde me detuve, tratando á pocas personas, y hallándome feliz con mi vida indolente, meditabunda, contemplativa... Llegué á Venecia; mi culto por las artes habia llenado hasta entonces mi vida; la apasionada admiracion que me causaban, bastaban, á ocupar mi corazon... En Venecia, la casualidad me hizo encontrar una mujer cuya influencia debia serme funesta. Esta mujer quien hice mi esposa, se llamaba Paula Monti.

—¿Era hermosa? preguntó Berta.

—Muy hermosa... mas de una hermosura sombría... ¡Estraño contraste! Yo he sido siempre débil y tímido, y me enamoré de una muger de carácter enérgico y va-

ronil... Era mi primer amor... Sin duda obedecí mas al instinto, á la necesidad de amar, qué á un sentimiento. Reflexionado como quiera, me enamoré apasionadamente de Paula Monti; ella acogió mis obsequios con indiferencia, no por eso perdí ánimo; me parecia muy desgraciada. Tuve alguna esperanza, redoblé mis cuidados y pedí finalmente su mano á su tia. Era yo rico entonces: este casamiento le pareció inesperado, y consintió en él. Tuve con Paula una entrevista decisiva... Debo decirlo, me confesó que habia ardientemente amado á un hombre que debió ser su marido, y que aunque aquel hombre no existia su recuerdo vivia aun tan presente y tan caro á su corazon que la absorbia toda entera, y que mi amor le era indiferente. Esta declaracion me causó un dolor estremo; mas ví en la franqueza de Paula una garantia para el porvenir, y no desesperé á fuerza de ternura la frialdad que me mostraba... No me ocultó que la incesante influencia de un pasado que lloraba amargamente hubiese podido amarme.

Entonces me dejé llevar de las mas lo-

cas esperanzas: mi pasion era sincera.... Paula se mostró conmovida; mas su delicadeza se alarmaba aun de la desproporcion de nuestras fortunas. La pérdida de un pleito acababa de arruinar completamente á su familia. Vencí estos escrúpulos y me prometió su mano...; pero repitiéndome aun que no podia ofrecerme mas que un afecto casi fraternal.

Esta fria union fué sin embargo para mí una felicidad inmensa. En un principio mis esperanzas se aumentaron, salvo algunos momentos de profunda tristeza. El carácter de Paula era melancólico, pero igual y aun algunas veces afectuoso. Ya entrevia yo un porvenir mas feliz, cuando un dia... ¡oh! no, no, jamás tendré la fuerza de continuar, añadió el príncipe ocultándo el rostro entre la manos.

Berta y su padre le miraron en silencio sin atreverse á pedir á Arnold la continuacion de una historia que parecia serle tan dolorosa. Sin embargo, prosiguió:

—¿Por qué ocultaré sus crímenes? ¿Mi indulgencia no ha sido una culpable debilidad? Sufriré, pues, la pena de mi falta

de energía. Habiamos ido á pasar el verano á Trieste. Hacia algunos dias que Paula se mostraba de un humor sombrío, irascible. Yo la veia apenas. En sus accesos de negra tristeza, no queria en su compañía mas que á una jóven Bohema que habia recogido por caridad. Esta pobre muchacha se mostraba por reconocimiento, tiernamente adicta á mi muger.

Para la inteligencia de lo que voy á deciros, continuó el príncipe, me es preciso entrar en algunas particularidades minuciosas. Al estremo del jardin de nuestra casa de Trieste habia un pabellon donde ibamos á tomar el té cuasi todos los dias. Una tarde obtuve, con gran pena de Paula el que me prometiese venir á pasar en él una hora... Esperaba asi distraerla de sus triste pensamientos.

Jamás olvidaré la espresion taciturna y desolada de su fisonomía durante aquella tarde; acogió cuasi con cólera y desden algunas palabras tiernas que la dirigí.

Dolorosamente herido por su dureza salí del pabellon.

Despues de algunas vueltas en el jardin

me calmé poco á poco, acordándome de que Paula me habia prevenido que se hallaba aun algunas veces bajo el peso de dolorosos recuerdos.

Volví al pabellon, ya no estaba allí. Se habia servido el té durante mi ausencia. Encontrè preparada la taza de leche con azúcar que tomaba todas las tardes. Agradecí á Paula esta atencion, de que sin embargo no me aproveché... Tenia yo uñ perrito á quien queria mucho... Maquinalmente le presenté la leche que Paula me habia preparado; el perro la bebió con avidez, y cuasi en el mismo momento, el desgraciado animal eayò en tierra, tembló convulsivamente y murió despues de algnos instantes de agonía...

—¡Oh! ya comprendo... mas es horrible... esclamó Pedro Raimond.

Berta miró á su padre con sorpresa.

—¿Qué hay, padre mio? dijo; y luego instruida por un momento de reflexion, añadió con horror: ¿Oh! no, no, es imposible... Mr. Arnold... es imposible.... una muger es incapaz de un crimen tan atroz.

—¿No es verdad? añadió Arnold con amargura. Despues de algunas reflexiones dije como vos... es imposible...

—Atribuí á la casualidad aquel hecho horroroso, y aun me reproché cruelmente el haber podido un momento sospechar de Paula.

—Y cuando volvisteis á ver á vuestra muger, dijo Pedro Raimond, ¿cuál fué su acogida?

—Fué regular, confiada, y si hubiese yo entonces conservado alguna duda, al momento se hubiera disipado. Por la noche habia dejado á Paula sombría, cuasi colérica; al otro dia la encontré tranquila, afectuosa y buena. Me tendió la mano pidiéndome perdon por haberme dejado la víspera tan bruscamente...

—Es una inconcebible hipocresía, dijo Pedro Raimond.

—Oh no, no. No era culpable; su calma lo prueba, dijo Berta.

—Yo pensé como vos, prosiguió Mr. de Hansfeld.

—Habia tanta sinceridad en su acento, en su mirada...; sus palabras eran tan

naturales, que abrumado de remordimientos y de vergüenza, caí á sus pies prorumpiendo en llánto y pidiéndole perdon.... Ella me miró con aire sorprendido. No me atreví á esplicarme mas. Si era inocente, mi sospecha seria un abominable ultrage. Le respondí que temia haberla contrariado la víspera, me creyó, y esta escena no tuvo otra consecuencia.

¡Cómo esplicaros lo que pasó en mí desde aquel dia...! Mi loco amor por Paula aumentaba, por decirlo asi, en razon de las faltas que yo me reprochaba hácia ella. No podia perdonarme el haber osado sospechar de una muger que tantas pruebas me babia dado de franqueza.

—En efecto, dijo Berta. Cuando pedisteis su mano, ¿por qué os dijo que su corazon era libre, con peligro de perder un casamiento tan ventajoso para ella?... No, no era inocente de tan horrible crímen.

—Y no teniais ningun enemigo? preguntó Pedro Raimond.

—Ninguno que yo sepa...

—Mas... ¿como os habeis esplicado la muerte repentina, convulsiva de vuestro

perro, muerte en la cual se hallaban todos los síntomas de un envenenamiento?

—Conseguí aturdirme sobre aquel hecho inesplicable, é impedir, por decirlo así, á mi pensamiento el pararse en él; tal era mi voluntad de creer en la inocencia de Paula. Bien dolorosamente espié aquella atroz sospecha. Veinte veces estuve á punto de confesarlo todo; mas no me atreví. Su afecto para mí era ya tan tibio, tan incierto..., que semejante confesion me lo hubiera hecho perder para siempre. Sin embargo... para mi reposo hubiera debido decírselo todo, pues empezaba á encontrar algunas de mis palabras estrañas, y mis reticencias involuntarias le parecieron incoherentes. Algunas veces profundamente conmovido por una palabra ó una atencion tierna de su parte, esclamaba en una especie de desvarío:

—¡Oh! soy bien culpable... perdonadme... he hecho mal...

Me pedia la esplicacion de estas palabras. Volvia en mí, y en lugar de dárse la, le reiteraba las mas apasionadas protestas... ¡Ay! bien pronto la pálida afec-

cion que habia obtenido con tantos cuidados, con tanta pena, hizo lugar á una nueva frialdad... Me miraba algunas veces con aire inquieto y temeroso... Sus accesos de humor y sombrío redoblaron..... Tambien entonces... las sospechas que antes habia tan enérgicamente desechado, volvieron á mi pensamiento...; pero las rechazaba de nuevo. Algunas veces examinaba á pesar mio con desconfianza los manjares que se me presentaban. Luego sonrojándome de este temor tan insultante para Paula, dejaba bruscamente la mesa.

En esta lucha interior y concentrada, mi salud se alteró, mi carácter se agrió. Paula me mostró sus desvíos cada dia mas pronunciados.

—¡Qué vida... Dios mio, qué vida! esclamó Berta, enjugando sus ojos humedecidos...

—¡Ay! dijo Mr. de Mr. Hansfeld, aun no era eso nada. Dejamos á Trieste á fines del otoño. Mi mager queria ir á pasar el invierno á Génova, y luego venir en seguida á Francia. Sorprendido por una violenta tempestad, nos paramos á

algunas leguas de Trieste en una miserable posada, á la caida de la noche. La tempestad redobló de firme, un torrente que debiamos atravesar habia salido de madre fué preciso resignarme y pasar la noche en aquella morada. El sitio era desierto. Me pareció que el amo de la posada tenia una figura siniestra. Propuse á mi muger el velar hasta lo mas tarde posible, y dormir luego un poco sobre una silla, á fin de poder partir antes del dia, en cuanto los caminos estuviesen practicables. Nuestra comitiva se componia de dos criados y de la jóven Bohema que acompañaba á Paula. Tenia yo para aquella muchacha toda especie de bondades. Sabia en ello agradar á mi muger; por otra parte Iris (es el nombre de la Bohema) me era cási tan adicta como á su ama. Ocupábamos durante esta noche fatal... ¡oh! bien fatal... una pequena hacitacion cuya única puerta abria sobre un gabinete, en donde se hallaba Frantz mi antiguo servidor... Paula no podia ocultar su miedo. El viento parecia conmover la casa hasta en sus cimientos. Velamos los dos hasta bastante tarde. Solos en aquel

cuarto, yo me habia sentado sobre una mala cama, mientras que mi muger reposaba en un sillon. Sucumbí al sueño á pesar de todos mis esfuerzos.

Ignoro cuanto tiempo estaria durmiendo, cuando fuí bruscamente despertado por un dolor agudo en la parte interna del brazo izquierdo. La mas profunda obscuridad reinaba en aquella pieza: mi primer cuidado fué asir la mano que sentia pesar sobre mí; esta mano, fina y delicada tenia un puñal muy agudo...

—¡Dios mio! Esclamó Berta, asustada juntando las manos.

—Aun... otra tentativa!... pero es espantoso, dijo Pedro Raimond.

Arnold continuó:

Gracias á la obscuridad habian clavado el puñal entre mi cuerpo y el brazo izquierdo estrechamente unido á mí. A la ligera resistencia que encontró la hoja resbalando en aquel estrecho intervalo, debieron creer que penetraba en mi pecho. A este error debí la vida y me hallé salvo con solo una ligera herida en el brazo.

—¡Qué feliz casualidad! dijo Berta.

—Ya lo he dicho, mi primer movimiento fué asir la mano que sentia sobre mí; de repente esta mano se puso helada. Estendí el otro brazo y toqué un vestido de muger... Sentí un perfume, ligero pero penetraute de que se servia habitualmente Paula... Una idea horrorosa me atravesó el espíritu...: me acordé del veneno de Trieste... No me quedó la menor duda... Esta revelacion fué tan aterradora que no sé lo que pasó en mí, mi razon se turbó por algunos momentos me creí el juguete de un horrible sueño... durante aquellos instantes de vértigo, la mano que tenia asida, se me escapó sin duda... Cuando volví en mí, estaba solo, sumergido en las tinieblas; Frantz... Frantz.... esclamé, golpeando al tabique que separaba mi cuarto del gabinete donde estaba mi criado, Frantz no dormía. En un minuto entró con una luz en la mano.

—¿Y vuestra muger? esclamó Berta.

—Figuraos mi sorpresa... mi estupor... Habia para dudar de mi razon. Paula estaba profundamente dormida en un sillon cerca de la chimenea.

—Fingia dormir, esclamó Pedro Raimond.

—Os digo que habia para volverse loco. Dormia, ó mas bien, simulaba tan perfectamente un profundo y apacible sueño, que ni aun su respiracion dulce, regular, se hallaba precipitada por la terrible emocion que debia sentir. Su fisonomía, sosegada; su boca, ligeramente entreabierta; su tez suavemente sonrosada por el calor del sueño, y su semblante ordinariamente serio, estaba cuasi risueño.

—Es cosa increible esclamó Pedro Raimond, ¡Cómo! ¿Vuestra muger dormia apaciblemente despues de una tentativa semejante?

—Era su sueño, os repito, de una serenidad tan profunda, que tampoco podia creer á mis ojos. De piés, pálido, inmóvil, contemplaba con la mirada de un loco.

—¿Y no habia mas muger que la vuestra en aquella posada? preguntó Berta.

—Nada mas que ella.

—¿Y aquella muchacha, aquella bohemia? dijo Pedro Raimoud.

—Estaba acostada en una habitacion

que daba á la pieza donde velaba Frantz. No dormia y tenia luz; era imposible entrar en nuestro cuarto sin que lo viera él.

—Preciso es creerlo... esta vez nadie podia ser sino ella, dijo Berta. Semejante crímen, ¿puede ser posible? ¡Dios mio!

—Semejante disimulacion, me asusta mas aun que el mismo crimen, dijo Pedro Raimond.

Por otra parte, una última prueba disipaba casi todas mis dudas, dijo Arnold. En el suelo á los pies de mi muger, reconocí una daga florentina, arma preciosa, cincelada por Benvenuto Cellini, que habia sido creo, legada á mi muger por su padre.

—Por consiguiente no guardásteis ningun miramiento, esclamó el grabador, y fué sin duda despues de este nuevo crimen cuando confinásteis á la infame en Alemania.

—Si dudaba en contaros esta horrible historia, amigo mio, prosiguió Arnold con aire confuso, es porque tenia la conciencia de mi debilidad ó mas bien de la inconcebi-

ble influencia que Paula conservaba so-
bre mí...

—Cómo! despues de esta nueva tenta-
tiva...?

—Oh! ¡Si supierais cuan terrible es la
duda...!

—Pero aquella puñalada! dijo Pedro
Raimond.

—Pero ¿y aquel profundo sueño? ¿aquel
despertar, tan dulce, tan apacible?

—¿Y qué dijo cuando os vió herido? es-
clamó Berta.

—Pintaros su angustia, su estupor, sus
afectuosos cuidados, fuera imposible. Con
el aire mas natural del mundo, esclamó que
era preciso hacer pesquisas por todas par-
tes. Tambien ella habia notado la siniestra
fisonomía del amo de la posada. Como yo,
se perdia en vanas conjeturas Frantz afir-
maba no haber visto pasar á nadie, y que
él mismo debió haberse introducido por
una ventana que abria sobre el balcon; mas
esta ventana se hallaba perfectamente cer-
rada. El acento de Paula fué tan natural,
que mi buen Frantz, que no la queria, y
que habia visto mi casamiento con disgus-

to, ni un solo instante tuvo la idea de acusar á mi muger.

—Mas aquella mano tan fina que agarrásteis... Pero aquel olor de un perfume particular á vuestra muger...

—Os repito; mi razon se perdia en aquel laberinto de singulares contradiciones. Paula, ayudada de Frantz quiso ella misma vendar mi herida. Nada habia de afectado ni en sus maneras ni en su lenguage.

—Cometer un tal crimen y hacer alarde de tanta hipocresía... era el colmo de la infamia; dijo Pedro Raimond.

—Sin duda, y la mostruosidad misma de semejante carácter despertaba aun mis dudas, á pesar de la evidencia. Por colmo de fatalidad, Paula, sea interés, sea piedad sea cálculo, no se mostró nunca mas afectuoso, y aun diré mas tierna, que cuando me prodigó los primeros cuidados despues de aquel accidente.

—Astucia.... astucia iufernal, esclamó el grabador.

—¿Era acaso el remordimiento de su crímen? dijo Berta.

—Mi desgracia fué el titubear entre estas condiciones diversas... Hubiera sido menos funesto para mí el creer á Paula ó enteramente culpable, ó enteramente inocente. Mas al contrario, por una inconcebible movilidad de inpresiones, pasaba del amor mas apasionado á los mayores accesos de odio y de horror. Mis angustias de Trieste no eran nada en comparacion de las torturas que entonces sufrira... Una cabeza mas débil que la mia, no hubiera resistido á tan violentos sacudimientos. Algunas veces, despues de haber mostrado á mi muger, por algunas palabras incoherentes, el teror que me inspiraba reflexionando que, á pesar de tan terribles apariencias, no tenia una certidumbre, y que me engañaba acaso, prorumpia en desgarradores gemidos pidiéndole perdon.

Ella acabó por creer mi razon estraviada... ¿Qué os diré?... En un pricnipio hallé una especie de amarga satisfaccion en dejar tomar alguna consistencia á aquel ruido; y luego en acreditarlo con estravagancias. El mundo me cree odioso, quiere

por este medio sustraerme á sus exigencias. Y no era eso todo; desde que se me creyó sujeto á raptos de locura, pude, al abrigo de este pretesto, abandouarme sin escrúpulo á mis accesos de desconfianza, sin que mis precauciones asi atribuidas á la aberracion de mi espíritu pudieran comprometer ó acusar á mi muger. Creyendo algunas veces mi vida amenazada me encerraba durante dias enteros, no comiendo mas que pan y frutas que mi fiel Frantz me compraba él mismo; y aun á menudo en mi insensato terror ni me atrevia á tomar aquellos alimentos... Otras veces avergonzándome de mis temores, convencido de la inocencia de Paula volvia hácia ella con un arrepentimiento desgarrador; mas su acogida era siempre glacial y despreciadora.

—¡Pobre Arnold! dijo Pedro Raimond con emocion. Sin duda erais débil, mas esta debilidad misma emanaba de un noble orígen... temiais acusar injustamente á Paula. En efecto, es una cosa horrorosa el decir á una persona sin pruebas evidentes, «sois un homicida...

Por dos veces habeis querido asesinarme....»

—¿No es verdad? Sobre todo cuando hay que dirigir estas aterradoras palabras á una muger que amamos apasionadamente; sobre todo cuanto al lado de pruebas materiales, cuasi irrecusables. hay, por decirlo asi, otras pruebas morales en un todo contrarias; cuando en fin os parece oir una voz secreta, una revelacion oculta que os dice con irresistible autoridad: No, esta muger no es culpable... ¡Oh! os lo aseguro, era un infierno.... un infierno.... cruel.

—Ahora, dijo Berta, concibo que hayais fingido estar loco.

—Mas, dijo Pedro Raimond, alguna última tentativa no os ha dejado ya duda...

—Ninguna esta vez. El crimen me pareció demostrado... ó mas bien como mi amor se habia apagado en tan crueles luchas, en tan continuas angustias, he tenido esta vez mas valor que el que tuve hasta entonces.

—En fin, ¿ya no la amais? dijo Berta.

—No; pues admitiendo que fuese tan insensato como parecia, merecia, al menos alguna piedad, algun interés, y mi muger no me ha manifestado ninguno. Aprovechando la soledad en que yo vivia (habitábamos entonces una ciudad grande), iba á las fiestas sin informarse apenas de mí. Tanta dureza de corazon me indignó... O mi muger era culpable, y en este caso mi generosidad para con ella hubiera debido conmover al alma mas perversa, ó era inocente, y entonces los accesos de dolor á los cuales me abandonaba despues de haberla vagamente acusado hubieran debido enternecerla.

—¿Mas porqué no habeis abordado con ella francamente esta cuestion? ¿Porqué no habeis formulado vuestros cargos con franqueza? dijo Pedro Raimod.

—Pensad en ello; me veia precisado á decirle: «sospecho de vos; os acuso de haber querido asesinarme dos veces...» ¿No podia equivocarme?

—En efecto, esta posicion era terrible, dijo Berta. ¿Y cuál es el último rasgo que provocó vuestra separacion.

—Hace muy poco tiempo, dijo M^r. de Hansfeld bajando los ojos, ocupaba yo con mi muger una casa aislada. No sé por qué mis sospechas volvieron á exaltarme con nueva violencia. Casi nunca salia de mi aposento: algunas veces, sin embargo, subia por las tardes á una pequeña azotea situada en la cumbre de nuestra casa.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.